

Vida
Aristocrática



Vida Aristocrática



Revista del Hogar

SOCIEDAD ◦ ARTE ◦ DEPORTE ◦ MODAS

Se publica los días 15 y 30

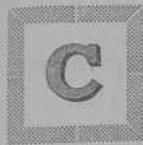
Suscripción: Dos pesetas al mes.

Número suelto: Dos pesetas.

PARA PUBLICIDAD PÍDANSE TARIFAS

Madrid - Goya, 3. Teléfono S-583

LOS DISCURSOS DE LOS GRANDES DE ESPAÑA CUBIERTOS RECIENTEMENTE ANTE S. M. EL REY



COMENZAMOS a publicar hoy, en la misma forma que hicimos en anterior ocasión, los discursos de los Grandes de España que se cubrieron, a mediados de mes, ante S. M. el Rey.

El del duque de Huete.

«SEÑOR:

Dió vida al título de duque de Huete, aquel famoso «Lope Vázquez de Acuña» que recuerda los más importantes sucesos del reinado de Don Enrique IV, de quien fuera camarero mayor de las Armas y del Consejo y al que el Monarca, de su propia mano, al conferirle tan alta merced, le llama y dice: «Mi leal caballero y buen amigo, a vuestra honra y bien».

Los enlaces de tan noble Casa de Acuña, con aquellos valerosos capitanes Alarcón, de los que uno fué el vencedor de Pavía, que hiciera prisionero a Francisco I de Francia, se remontan hasta dos dinastías, que por hecho extraordinario se funden conmigo, por ser descendiente como duque de Huete, del conde don Tello de Castilla, hijo de Alfonso XI y del Príncipe Cidi Yahia Alnayar, de la dinastía fundadora de la Alhambra, y a quien fué reconocida la Grandeza de España que, con tan justificado tesón, viene litigando mi buen padre, a quien pertenecen todos estos timbres.

Estas dinastías, de que me enorgullezco por igual, que se combatieron durante tantos siglos y que en representación tan alta, han llegado juntas hasta mí, me conmueven, Señor, profundamente, al pensar en los destinos de nuestra España y en glorias de Vuestra Majestad cuando la obra de concordia asegure en el Mediterráneo nuestra influencia en el Mundo.

Dios conceda a Vuestra Majestad premio tan merecido por sus patrióticos anhelos, unido a la magnánima Reina, que es vínculo de amor y de felicidad de la Patria.»

El del duque de Béjar.

«SEÑOR:

En este momento, para mí tan honroso, debo ante todo expresar mi profunda gratitud por el alto honor que me concedéis, ordenándome cubrir ante vuestra Real presencia.

Es costumbre tradicional en estos actos, relatar los servicios prestados a la Patria y a la Monarquía por los ascendientes del que se cubre; pero yo no he de cansar vuestra Real atención repitiendo lo que tantas veces se ha dicho bajo estas bóvedas, que sería prolijo enumerar una vez más. El que se apellida Roca de Togores Téllez de Girón y Fernández de Velasco, descendiente por línea paterna de las ilustres Casas de Molins y Asprillas, cuya primogenitura represento, y por la materna de las muy renombradas de Osuna y Friás, tiene bien probado su linaje, por ser público y notorio.

Insignificante soy, Señor, para ostentar el glorioso título de duque de Béjar, jefe de la Casa de Zuñiga, al cual honró el inmortal Cervantes dedicándole la primera parte de su portentosa obra *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, haciéndolo de la segunda al conde de Lemos, hoy duque de Alba, que me apadrina, y a quien por hallarse ausente le representa el ilustre marqués de Santa Cruz, digno descendiente de Silvas y Bazanes.

Aficionado a la Agricultura, base de la prosperidad y riqueza de las naciones, hice en mi juventud los estudios agronómicos, y desde que llegué a la mayor edad me dediqué con afán a la noble profesión del cultivo de la tierra, para enseñar a mis hijos que a la Patria hay que serviría manteniéndola en producción o defendiéndola con la espada.

Para terminar, ya que no puedo alegar méritos propios, me propongo imitar y si fuera posible superar, a mis antepasados en el amor a la Patria y lealtad a la Monarquía.»

El del duque de Terranova.

«SEÑOR:

Merced tan grande como inmerecida, es para mí la de llegar a la augusta presencia de V. M. para recibir este alto y señalado honor, reserva-

do a los Grandes de España. Ostento esta dignidad por mi matrimonio con la actual duquesa de Terranova, doña Rafaela Osorio de Moscoso y López, quien lleva también los títulos de marquesa de Poza y condesa de Garciez.

Vuestra Majestad, concededor como muy pocos de la historia de nuestra Patria, sabe bien que ese ducado fué uno de los concedidos al invicto caudillo Gonzalo de Córdoba, y que el Gran Capitán llevó e ilustró con sus hazañas, al mismo tiempo que los de Sessa, Soma y otros títulos, que pasaron después a la noble Casa de Altamira, y que esta conserva en su descendencia, perpetuando la memoria de aquel glorioso español.

Apellidos tan familiares a Vuestra Majestad y tan célebres en los anales de la Nobleza española como los de Osorio de Moscoso, Fernández de Córdoba, Carvajal, Guzmán, etc., ilustran la descendencia paterna de mi consorte, y los linajes preclaros de López de Ansó, Ximenez de Embún, Angulo, Colón, Fernández de Navarrete y Mazarredo, son los que por línea materna completan su genealogía.

Vuestra Majestad ha podido apreciar en su reciente viaje a Zaragoza la lealtad de los aragoneses y el entusiasmo delirante con que le han recibido. Aunque el que tiene la honra de dirigirse a Vuestra Majestad no es aragonés de nacimiento, lo es de corazón, en Aragón vive y lleva un condado, el de Ballobar, de la noble Casa de los marqueses de Ariño, Ricos-homes de Aragón. Será, pues, en mí, jactancia el asegurar a Vuestra Majestad, a fuer de aragoneses, que si como nobleza de sangre soy, quizá, de los últimos entre los Grandes, no le cedo a nadie la primacía en fervor y decisión en el servicio de Vuestra Majestad? No haré en esto más que seguir el ejemplo que de ello me ha dado mi padre, el general La Cierva, que ha empleado bastantes años de su vida en llevar a cabo misiones que, distinguiéndole, le fueron confiadas por varias de las Reales personas.

Termino, recordando a Vuestra Majestad que la lealtad y adhesión al Trono distinguieron también al último poseedor del ducado de Terranova, mi padre político, don Alfonso Osorio de Moscoso y Osorio de Moscoso, duque de Soma, marqués de Monasterio y barón de La Joyosa. Seame permitido, ya que no pueda ostentar sus nobles linajes ni sus cualidades, más nobles aún, imitarle en esos sentimientos. Vuestra Majestad los conoce ya y tiene la prueba de ellos en la modestia de los insignificantes servicios prestados en mi carrera, contribuyendo a la conservación de derechos históricos que en Tierra Santa pertenecen a la Corona de España y que nadie ha ostentado con mejor título que Vuestra Majestad.»

El del duque de Maqueda.

«SEÑOR:

Fecha inolvidable ha de ser para mí el día de hoy, en el que Vuestra Majestad me concede el cubrirme como Grande de España ante su Real presencia; debo, por tanto, a la bondad de Vuestra Majestad el poder ejercitar este derecho por mi matrimonio con doña María del Perpetuo Socorro Osorio de Moscoso y Reynoso, duquesa de Maqueda.

Son ascendientes de mi mujer las Casas de Altamira, Trastámara, Ayerbe y Borbón; mucho se ha escrito sobre la genealogía de ellas, así como de los Cárdenas y Ponce de León, primeros duques de Maqueda.

Omito, pues, hablar de ello, ya que labios más autorizados que los míos y en ocasiones como ésta recordaron su historia.

La Casa solar de mis mayores tiene su origen en la Vieja Castilla, en las montañas de Navarra, y en aquellas Neu Casas de Mallorca, que tanto prestigio alcanzaron en épocas que constituyen la Edad Media de la Historia de España; en algunas otras coberturas se han recordado muchos de los que son mis ascendientes; por esta causa también y por no causar la atención de Vuestra Majestad, prescindo de mencionar aquí antiguas genealogías. Con el estudio de su historia se comprueba el modo leal y la adhesión inquebrantable con que siempre defendie-

ron la Patria y el Trono; mi abuelo, Zea Bermúdez, presidiendo los Consejos del Reino, así lo hizo en la política; mi bisabuelo, don Alonso de Torres, octavo marqués de San Miguel de Grox, vertió su sangre en Trafalgar, mandando el navío *Francisco de Asís*, y mi padre, ya fallecido, entró a los diez y siete años de edad, a las órdenes del glorioso Méndez Núñez, tomando parte en los bombardeos del Callao y Valparaíso, comenzando así la brillante hoja de sus servicios en la Armada.

Cúmpleme a mi imitar tan altos ejemplos, y así vivamente deseo ocasión en que poder seguirlos, demostrando a Vuestra Majestad mi profundo agradecimiento por favor tan señalado como el que recibo.»

El del conde de Castrillo.

«SEÑOR:

Por tristes y nunca bien desarrolladas circunstancias que vienen precipitando los acontecimientos de mi vida, me encuentro hoy aquí, representando el último eslabón de la cadena de valientes guerreros, hombres de Estado y santos que me antecedieron. Siempre unieron en indisoluble vínculo sus personales méritos con el amor y fidelidad a la Monarquía, de la que continuamente recibieron pruebas de cariño y estimación que hoy Vuestra Majestad renueva, al concederme el uso de la prerrogativa que en este momento ejerzo.

Con el transcurso del tiempo se unieron al apellido de Crespi de Vallaura, conde de Sumacárcer los de Castrillo y de Orgaz.

Fueron los Avelaneda progenitores de los condes de Castrillo. En Vizcaya, en los albores de la Reconquista; después, en la batalla de las Navas, en la toma de Baeza y en la conquista de Sevilla, Lope y Diego de Avelaneda orlaron sus escudos con el empuje de sus espadas; más tarde, García de Avelaneda, ilustró su apellido como presidente del Consejo de Castilla, sirviendo a los Reyes Felipe III y IV; teniendo todos gloriosa recompensa con la concesión de la Grandeza, en 1690, que quedó unida a los Crespi de Vallaura a principio del siglo XVIII.

Gonzalo Ruiz de Toledo, segundo Señor de Orgaz, leal a sus Reyes en la revuelta minoría y en el reinado de Alfonso XI, fiel servidor de su religión, encumbró su nombre hasta ser protagonista de la tradición toledana que inmortalizó el sublime pincel del Greco; y aquellas virtudes, las inculcó a sus descendientes en tal forma que merecieron ver premiado su amor a la Realeza, erigiendo el emperador Carlos V en Condado, el hasta entonces Señorío de Orgaz.

Unido el Condado de Orgaz al apellido Crespi de Vallaura, descendiendo éstos de Diego y Luis Crespi, que venidos de Francia lucharon al lado del Rey Don Jaime I en la conquista de Valencia.

Establecidos en este Reino, originaron la gloriosa estirpe de Crespi de Vallaura, que unas veces dió soldados que pelearon contra los rebeldes de las Germanías, otras capitanes que morían en el cerco de Milán y se llenaban de heridas en Flandes, al mismo tiempo que el Vicecanciller de la Corona de Aragón Cristóbal Crespi de Vallaura, se mostraba insigne jurista y prudente consejero del Rey Felipe IV.

En Aragón, los Cervero (más tarde condes de Sobradriel), de quienes desciendo por línea materna, supieron luchar con heroísmo. Bien alto lo pregona su escudo, que representa dos campanas sin badajos, perpetua memoria de aquel insigne caballero, que arriesgando su vida por dejarlas mudas, impidió que el moro tocara a rebato, y de esta manera pudieron entrar en la ciudad dormida las armas cristianas.

De estas pasadas hazañas puedo gloriarme, Señor, y permita Vuestra Majestad que, antes de terminar, las una al recuerdo de mi padre, blasón éste el más alto que puedo ostentar. Truncada en plena vida su existencia, sólo pudisteis apreciar los bosquejos de aquel cristiano caballero, monárquico ferviente, propulsor de las doctrinas de un Pontífice egregio que, anticipándose a los problemas sociales que actualmente conmueven al mundo, dió para ellos norma y solución.

En cuanto a mí, mi ruta está trazada. El amor a Dios, la lealtad a la Monarquía y la fidelidad a

la Patria, son piedras miliarias que pusieron mis antepasados, para señalarme el camino que he de seguir; el uniforme que con orgullo ostengo, pregona los compromisos que quedaron sellados con mi juramento de soldado, sublime juramento que, por sí solo, dignifica al hombre y que siempre resuen en el oído del militar como llamamiento sagrado, fuente de todo triunfo y compensación de todo dolor.

Juré a mi Dios, y prometí a mi Rey, fuera la Patria mi amor primero, y en mi corta existencia le llevo ofrendadas las primicias de cuanto tengo y cuanto valgo.

El tiempo dirá, señor, si habéis de premiarme por ello; lo que desde luego afirmo, es que jamás me lo de nandaréis.»

El del marqués de Montealegre.

«SEÑOR:

Mi matrimonio con doña María del Milagro García-Sancho y Zavala, décimoquinta marquesa de Montealegre, Grande de España, y la benevolencia de Vuestra Majestad, me permiten disfrutar en este día de la preciada prerrogativa que otorgó vuestro augusto abuelo el Emperador y Rey Don Carlos I en Aquisgrán, el año 1520, a determinadas Casas nobles y ha sido respetado por todos sus sucesores, de cubrirse ante la Real presencia.

Estaban ya enlazados, antes de obtener el título, los Guzmanes de la Casa de Montealegre con la más antigua y rancia Nobleza española.

Concedido el título de marqués de Montealegre por el Rey Don Felipe IV, en 18 de Mayo de 1625, a don Martín de Guzmán y Rojas, tercer Señor de Montealegre, lo heredó su hijo don Luis Francisco Núñez de Guzmán, capitán general de Galeones de Sicilia; a éste sucedió su hermano don Pedro Núñez de Guzmán, gobernador de los Consejos de Castilla y Hacienda, asistente de Sevilla, del Consejo de Estado y uno de los gobernadores del Reino, durante la menor edad del Rey Don Carlos II; y en el hijo mayor de don Pedro, llamado don Martín Domingo de Guzmán Enriquez, premió este Monarca los merecimientos propios y de sus antepasados, otorgándole por Real decreto de 29 de Octubre de 1697 la Grandeza de España hereditaria a perpetuidad. El hijo de éste, don Sebastián de Guzmán Spinoia, recibió de propias manos del Rey Don Fernando VI, en 1746, el Toisón de Oro y la espada de honor y casó con la condesa de Oñate, uniéndose, por este hecho ambas Casas y recayendo, por sucesivos enlaces, el título de Montealegre en la ilustre y noble familia de Zavala, cuyo último poseedor fué Doña María del Pilar Zavala y Guzmán, marquesa de Aguilar de Campó, que casó con don Ventura García-Sancho, mayor-domo mayor de S. M. la Reina Doña María Cristina, vuestra augusta madre.

Cuanto a mí personalmente, Señor, puedo aducir que en mi apellido paterno Urruela, ya existieron en tiempo de Alfonso XI, año 1340, nobles infanzones que concurrieron a la batalla del Salado, donde figuró principalmente don Salvador de Urruela; cómo se distinguieron otros muchos en otras jornadas posteriores, y últimamente en la gloriosa guerra de la Independencia; alcanzaron altos grados en la Milicia y fueron caballeros de la Orden de Santiago, y por línea materna descendiendo de la nobilísima Casa de Lara, uniéndose mi rama el año 1550 con la de Santo Toribio de Mogrovejo; que soy maestrante de la Real de Zaragoza y que sigo la tradición familiar de constante adhesión a la Monarquía, hoy representada por Vuestra Majestad, símbolo de todas las grandezas y prosperidades de nuestra Patria.»

El del duque de Estrées

«SEÑOR:

Debo comenzar expresando a Vuestra Majestad mi profundo agradecimiento por la Real benevolencia cuyo precioso testimonio se ha dignado concederme.

La elevada dignidad a la que debo el gran honor que hoy recibo, me es tanto más cara cuanto que se refiere a recuerdos preciadamente conservados por nuestra familia como uno de los títulos más gloriosos que los siglos la han legado. Cuando el mariscal D'Estrées recibió de Luis XIV la misión de acompañar a vuestro Real antepasado Felipe V, cuando vino a ser coronado Rey de las Españas, puso al servicio de la Monarquía española todo cuanto en él había de valor y de fuerza, de talento y abnegación.

Llevaba consigo, para inspirarle y sostenerle

en el cumplimiento de su misión, una tradición no interrumpida de valor y de gloria. Desde más de cuatro siglos antes, sus antepasados habían ocupado el más alto rango entre la Nobleza de Francia, desempeñando las primeras dignidades del Reino. Uno de ellos había sido acompañante de San Luis en su última Cruzada. Su abuelo y su padre habían recibido sucesivamente la dignidad de mariscales de Francia, que de tanto esplendor habían de revestir; él también se había distinguido en tierra y en mar por hazañas que le habían elevado a los altos cargos de teniente general y vicealmirante. No hay mejor testigo que el mismo Rey Felipe V, ni prueba más cumplida que las palabras con las cuales hubo de conferirme, como muestra de especial predilección, el título tan preciado de Grande de España, para demostrar que, al combatir por este país, supo hacerse digno de aquel pasado recibiendo de aquel Monarca la justa recompensa a su valor y a la importancia de sus servicios.

Permítaseme decir que la familia a la que transmitió sus títulos y el immaculado recuerdo de su vida era digna de recibirlos. La Casa de La Rochefoucauld tiene su origen en los Condes Soberanos «du Forez», que desde el siglo IX figuraban entre los grandes feudatarios del Reino de Francia. Esta rama se dividió en dos, de las cuales una conservó el antiguo nombre de Lusignan, y después de haber dado durante trescientos años Reyes a Chipre y Jerusalem, se extinguió en 1485; la otra, que tomó el nombre de La Rochefoucauld, hacia el año 1000, durante el Reinado de Roberto el Piadoso, dió durante nueve siglos una larga serie de prebendados, obispos y cardenales a la Iglesia, entre ellos aquel piadoso cardenal que fundó la Congregación de Santa Genoveva, y había de ser una de las lumbreras más eminentes del Concilio de Trento. Francia encontró en ella filósofos y escritores de primer orden, como el inmortal autor de las *Miximas*, y la Corona, eminentes estadistas, como los dos primeros duques de Dondeauville; y guerreros ilustres como Aimery III, que tan brillantemente sirvió a los Reyes Felipe IV y Juan el Bueno; o como aquel Francisco, cuyo celeberrimo renombre le mereció ser elegido padrino del Rey Francisco I.

Junto a estos gloriosos títulos se muestra orgulloso de ostentar aquel cuya consagración recibe hoy, considerando como un privilegio inestimable la dignidad, tan preciada en el mundo entero, que crea como un vínculo de fraternidad entre ella y cuanto en España hay de nombres ilustres y hombres eminentes.

Permitidme añadir que no es sólo en cuanto hombre ni en cuanto representante de una familia cuya sangre va a correr ya siempre con sangre española, sino también en cuanto francés, como experimento una sincera emoción y una viva alegría al advertirlo así; encuentro en ello un nuevo testimonio de la profunda afinidad que une a través de los siglos a las dos grandes hermanas latinas, de la simpatía instintiva que quizás parezca en ocasiones velada por alguna nube; pero que ambos pueblos vuelven a encontrar siempre en el fondo de sus corazones, como herecía remota de las razas más antiguas y más nobles del mundo.

Poseído de estos sentimientos, Señor, ofrezco a Su Majestad el homenaje de mi gratitud y de mi adhesión más respetuosa.»

El del conde de Villagonzalo

«Trataré, Señor, de expresarme con la mayor brevedad posible, por ser muchos los Grandes convocados hoy para esta solemne ceremonia, alentados, sin duda, por el ejemplo dado por Vuestra Majestad, que en las circunstancias, quizás más difíciles porque ha atravesado la historia de Europa, ha sabido mantener incólumes los prestigios de la Realeza.

El alto honor que Vuestra Majestad se ha dignado concederme, lo debo principalmente a mis ilustres antepasados los Maldonados. El origen de este linaje, según el ilustre cronista Pedro Barrantes Maldonado, se remonta al reinado de Ramiro I, en que tras la derrota y muerte del Rey Yunderico, de Dinamarca, que intentó invadir nuestras costas, quedó entre los prisioneros un importante personaje que, convertido al cristianismo, recibió del Monarca señaladas mercedes; a éste no le nombraban ni le conocían sino como el Dano, o sea el Danés, y de aquí provino el llamarse a sus sucesores Aldanos o Aldanos.

Uno de ellos fué Nuño Pérez de Aldana, almirante de las Armadas que, tras glorioso hecho de armas, acaecido en presencia del Rey Felipe Augusto, de Francia, relatado en uno de sus más bellos romances, por el ilustre duque de Rivas, tuvo la satisfacción de ver ennoblecido su escudo de armas con las cinco flores de lis de la Corona de Francia, obteniendo a su regreso a España autorización de su Monarca para cambiar su apellido de Pérez de Aldana por el de Maldonado.

De este linaje provienen muchos y muy nobles señores; entre ellos citaré a Diego Arias Maldonado, arzobispo de Sevilla y fundador del Colegio de San Bartolomé en Salamanca, y a Juan Maldonado, trece de la Orden de Santiago, muerto gloriosamente en la batalla de Alarcos. Diez años después de la famosa jornada de Villalar, vemos a Gonzalo Maldonado sirviendo al Emperador en la conquista del Perú.

Son notables los servicios prestados durante la Guerra de Sucesión por el primer conde de Villagonzalo, gentil hombre de boca y regidor de la ciudad de Salamanca, cuyas casa y propiedades fueron saqueadas por servir fielmente la causa del Rey Don Felipe V. Su hijo casó con doña Josefa Boil de la Scala, marquesa de la Scala y Señora de Manises, familia aragonesa, cuyos privilegios datan de la reconquista en San Juan de la Peña, y que tomó parte muy activa en la conquista de Valencia. Don Jaime II hizo a don Pedro Boil maestro de su casa y corte y embajador en el Concilio general de Viena. Tomó parte en una expedición a Italia, casando allí con doña Alta de la Scala, hija de Mastino, primer duque de Verona. Sus descendientes sirvieron leal y fielmente a sus Reyes, distinguiéndose don Vicente Boil en la campaña de Portugal, por la cual le fué concedido el título de marqués de la Scala, que desde el tiempo de Fernando VI viene vinculado en los primogénitos de los condes de Villagonzalo.

Es forzoso, Señor, que al recordar estos hechos heroicos de mis antepasados, cuyas enseñanzas de modo latente viven en nosotros mismos, nos sirva de ejemplo y estímulo para poder siempre todo cuanto somos y poseemos al servicio de nuestra Patria y nuestro Rey, por cuyo feliz y próspero reinado hacemos nuestros más fervientes votos.»

El del marqués de Villadarias

«SEÑOR:

Por fallecimiento prematuro del décimo marqués de Villadarias, mi hermano, y, sobre todo, por merced de Vuestra Majestad, alcanzo la honra de cubrirme en vuestra Real presencia, con los mismos heredados sentimientos de adhesión y lealtad que ganaron para mi inolvidable padre el renombre de «Gran caballero».

Los Arias del Castillo-Fajardo Santisteban y Fernández de Henestrosa, que enaltecieron el título de Villadarias, y los Príncipes de Santo Mauro y Ventimiglia, transmitieronme, con la grandeza de sus hechos, la sagrada obligación de imitarlos, con agrandome a servir a España, y a vos, Señor, que la personificáis tan egregiamente, restaurando la gloriosa Monarquía de los Reyes Católicos y haciendo que brillen en vuestra Corona los destellos de la Imperial diadema que os proclama padre de cuantos hablamos la lengua de Cervantes y que, unidos por las olas del Atlántico, cantan el cumplimiento de la profecía de la santidad de León XII, que, al teneros en la pila bautismal, os bendijo como Rey de los españoles todos, presagiando así el hermoso resurgir de la fraternidad hispanoamericana, magnificado por vuestras augustas palabras en la Roma inmortal.

Permitame Vuestra Majestad que a falta de méritos propios, y en esta ocasión, la más solemne de mi existencia, evoque los de las dos castellanas Reinas, Doña María de Padilla y Doña Catalina de Lancaster, bellas flores de mi árbol genealógico.

Vivificado por los rayos esplendorosos que irradian la cruz y el cetro, a cuyo amparo nació, seguro estoy no ha de marchitarse, mantenido por mi fe inquebrantable como caballero y por mi entusiasta y rendida obediencia a Vuestra Majestad.

Puedan mis hijos, de los cuales viste ya un uniforme de vuestra Real Armada, exclamar como el heroico fundador de mi Casa: «De mi fortuna triunfará, tal vez, la injusticia; de mi honor, jamás.»

almi-
iechó
elipe
e sus
e de
ecido
de lis
egre-
para
or el

Vida Aristocrática

obles
alido-
Cole-
Juan
tiago,
ircos.
le Vi-
ido al

rante
le de
gidor
opie-
ne la
ó con
de la
nesa,
n San
ctiva
[hizo
rie y
iena.
sando
stino,
s sir-
uién-
ortu-
o de
o de
géné-

s he-
s en-
otros
para
os al
, por
estros

rias

mar-
todo,
zo la
encia.
adhe-
dable

an y
on el
San-
con
ación
paña,
egia-
le los
vues-
dema
os la
olas
i pro-
tene-
ey de
moso
cana,
as en

ta de
s só-
s dos
lla y
de mi

que
nació,
enido
y por
uestra

uno
lamar
de mi
de mi

DIRECTOR-PROPIETARIO
ENRIQUE CASAL (LEON-BOYD)



La actualidad artística madrileña es ahora la exposición de cuadros de S. A. el Príncipe Constantino de Hohenlohe Langenburg, «temperamento artístico que ha venido a manifestarse con sus adecuados caracteres en tierras de España», según frase de un ilustre crítico. Por ella han de desfilar todos los aficionados al arte, y ella ha de constituir, sin duda, un gran éxito. Sea uno de los cuadros del Príncipe artista el que hoy honre nuestra primera página.

Año V.—Núm. 110
30 Enero 1924

LA BODA DE LA CONDESA DE TORREHERMOSA CON EL VIZCONDE DE SOSTHENES DE LA ROCHEFOUCAULD

SE celebró a mediados de mes la boda de la condesa de Torrehermosa y fué un gran acontecimiento para la sociedad de Madrid. ¿Cómo no recoger en estas páginas algunos pormenores de la solemne ceremonia y de la brillante fiesta que la precedió?

Una y otra se celebraron en el histórico Palacio de la calle del Duque de Rivas, que es mansión suntuosa de los marqueses de Viana, padres de la bellísima novia. Y en una y otra se hicieron patentes el cariño y las simpatías de que disfruta la noble familia española y el respeto y afecto que nuestra aristocracia siente hacia la nobleza francesa de la cual son unos de los más legítimos representantes los duques de Doudeauville, padres del vizconde Sosthènes de La Rochefoucauld, hoy feliz esposo de la que, por su nacimiento, se llama doña Leonor Ramirez de Saavedra y Collado.

Para asistir a la boda vinieron de París numerosas personalidades de esa nobleza de Francia. Y tanto en esos días, como en los subsiguientes, pudieron apreciar cuán grata era su estancia entre nosotros a la sociedad madrileña, que les prodigó sus atenciones más gentiles.

A la fiesta que, dos noches antes de la ceremonia, se celebró en el Palacio de Viana concurrieron los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, que de este modo quisieron testimoniar su afecto y estimación a la familia del Caballerizo y Montero mayor de S. M.

Los Soberanos presidieron la gran comida que fué prólogo de la fiesta.

Sirvióse, con la distinción propia de aquella residencia, en el salón de los tapices de Goya, que reproduce uno de los del Palacio Real de El Pardo.

La mesa hallábase adornada con centros y candelabros de bronce, estilo Imperio, que armonizaba con el decorado de la estancia; un gran centro de porcelana y profusión de bellas flores.

El Soberano que vestía de frac, daba su derecha a la Princesa Jerónimo Radziwill, prima suya, como hija de una Archiduquesa de Austria; marqués de la Torrejilla, Princesa de Ligne, duque de Mouchy, duquesa de San Pedro, conde Emmanuel de La Rochefoucauld, Princesa Eugenio de Ligne, don Luis de Errazu y duquesa de Peñaranda, condesa de Montijo.

A la izquierda de Su Majestad, duquesa de Doudeauville, marqués de Viana, duquesa de Medinaceli, duque de San Pedro, duquesa de Mouchy, Príncipe Eugenio de Ligne, condesa Emmanuel de La Rochefoucauld y duque de la Roca.

La Reina ocupaba la otra presidencia, teniendo a la derecha a S. A. R. el Príncipe de Borbón-Parma, marquesa de Viana, Príncipe Dominico Radziwill, duquesa de San Carlos, Príncipe León Radziwill, marquesa de Villalobar, duque de Tamames, condesa del Puerto y duque de Peñaranda.

A la izquierda de Su Majestad, el duque de Doudeauville, S. A. R. la Princesa de Borbón-Parma, el duque de Medinaceli, la duquesa d'Harcourt, nuestro embajador en Bruselas, marqués de Villalobar; la Princesa León Radziwill, el marqués del Riscal y de la Laguna, la condesa de Torrehermosa y el vizconde de La

Rochefoucauld. Las cabeceras ocupábanlas el joven oficial de Marina, marqués de Coquilla, hijo de los de Viana, y el hermano del novio, conde Armando de La Rochefoucauld.

Terminado el banquete, los Reyes, seguidos por lucida corte, pasaron al salón de baile, donde fueron recibidos a los acordes de la Marcha Real.

A esta parte de la fiesta asistieron también la

con adornos de cristal y diadema de brillantes.

La encantadora novia, figura principal de la fiesta, lucía precioso traje de tisú de oro, y en la garganta, el collar de gruesas perlas, regalo de sus padres. Su hermana, la duquesa de Peñaranda, que estaba muy guapa, llevaba magnífico traje de color malva, luciendo las hermosas perlas de la Casa de Montijo.

La Reina inició el baile, eligiendo por pareja al príncipe Max Egon de Hohenlohe Langenburg.

El Monarca bailó con la duquesa de Peñaranda.

Desde este momento adquirió gran animación el baile, que fué acompañado por la notable orquesta de Boldi.

En la concurrencia figuraron las damas y caballeros más distinguidos de la aristocracia española.

El baile se interrumpió a la una de la madrugada, para servir la espléndida cena, primero a los Reyes y demás augustas personas y luego a todos los demás invitados.

Y cuando, muy satisfechos, S. S. M. M. se retiraron, aún continuaba la gente joven bailando...



La condesa de Torrehermosa y el vizconde de La Rochefoucauld, después de su boda.

Infanta Doña Isabel, la Duquesa de Talavera y el Infante Don Fernando, con otros muchos aristocráticos invitados.

Sus Majestades fueron saludando a su paso a muchas de las personas reunidas.

La Reina estaba bellísima como siempre, luciendo una *toilette* muy original, que realizaba su exquisita elegancia. Sobre el fondo rosa pálido del traje caía una red *diamanté*, de gran novedad. Por joyas, precioso aderezo de aguas marinas, orladas de brillantes y diadema de las mismas piedras.

El Rey, como el Infante Don Fernando, vestía de frac, ostentando la insignia del Toisón de Oro y la banda y placa de Carlos III. Esta misma condecoración llevaba el marqués de Viana.

La Infanta Doña Isabel, de gris, con gran collar, de perlas y otras joyas de brillantes.

De terciopelo color rubí era el vestido de la Duquesa de Talavera, que también ostentaba elejantes joyas.

La marquesa de Viana, que hacía muy amablemente los honores de la casa, auxiliada por sus hijas, vestía elegante traje blanco,

Dos noches siguientes fué la ceremonia de la boda. Cuando ya los salones de la residencia, abiertos, se hallaban animados por la selecta concurrencia invitada al acto, el marqués de Viana que, como representante del Rey, era el padrino, dió el brazo a su hija, la marquesa de Torrehermosa, y la marquesa de Viana, madrina en nombre de la Reina Doña Victoria, tomó el que la ofrecía, el vizconde de La Rochefoucauld.

La aparición de la bella novia produjo en los concurrentes un murmullo de admiración.

Vestía la condesa de Torrehermosa rico traje de tisú de plata, recamado de plata y perlas, regalo del novio. Un velo de tul, que idealizaba aún más la gentil figura, aparecía sujeto a la frente, que cubría, por una sutil diadema de azahar y caía airoosamente por la espalda, terminando en una original guarnición de encaje de plata.

Aprisionaba el erguido cuello con el collar de gruesas perlas, regalo de sus padres, y en la mano un gran ramo de flores

de azahar. Junto a ella, ofrecía contraste el verde uniforme de caballerizo mayor de Palacio del marqués de Viana, que cruzaba su pecho con el gran cordón de la Legión de Honor.

La marquesa de Viana lucía elejante traje de color de rosa; magnífica diadema de brillantes, que perteneció a la duquesa de Bailén, y un rico *pendentif* de esmeraldas y brillantes.

El vizconde Sosthènes de La Rochefoucauld llevaba el uniforme de gala de los aviadores franceses, con las condecoraciones con que fué premiada su bizarría en la guerra.

Los duques de Doudeauville iban detrás. La duquesa vestía elegante traje color topo, adornado de plata, y se coronaba con una alta diadema de soberbios brillantes y rubies.

El duque ostentaba la gran cruz de Luxemburgo, y la insignia, al cuello, de la Orden de Malta.

En la capilla de la casa, en cuyo altar aparecía—bajo un dosel gótico—una gran Virgen, de talla, rodeada de blancas flores, esperaba a los prometidos el obispo de Sión, Patriarca de las Indias, revestido de pontifical y rodeado de los

sacerdotes que habían de auxiliarle, y de varios monaguillos, sobre cuyas blancas vestiduras se destacaban rojas cruces de la Orden de Calatrava. Una orquesta ejecutó, al entrar los novios en la capilla, la marcha de *Tannhäuser*.

A uno y otro lado del altar, situáronse los testigos.

Eran los de ella, el duque de la Roca, que iba de frac, cruzando su pecho con la banda de la Orden de L'Etoile d'Anjou; el marqués del Riscal, con uniforme de las Ordenes Militares; el marqués de Villalobar, con el de embajador y la gran cruz de Carlos III; el marqués de Coquilla, con el suyo de oficial de la Armada, y el duque de Peñaranda, con el de gentilhombre de Cámara de Su Majestad, con ejercicio y servidumbre.

De los testigos del novio, S. A. R. el Príncipe Sixto de Borbón-Parma vestía el uniforme de capitán de Caballería belga, en cuyo Ejército tanto se distinguió durante la guerra; el duque de Mouchy, el característico uniforme azul claro de los coraceros franceses; el conde Armando de La Rochefoucauld, los Príncipes Domingo y León de Radziwill y el conde Emmanuel de la Rochefoucauld, con los respectivos uniformes de los Cuerpos a que pertenecen.

Benedicida la unión, el Patriarca de las Indias pronunció una breve y sentida plática.

Firmaron los nuevos esposos y sus testigos el acta del Registro civil, y, a los sones de la marcha militar, de Schubert, volvieron a hacer su aparición en el salón del Pardo, donde les esperaban los invitados.

Después que estos felicitaron efusivamente a la nueva pareja, se fueron extendiendo por los salones, cuyo fondo realizaba mejor el rico atavío de las damas.

Entre las señoras extranjeras llamaban la atención las hermanas del novio, Princesa Sixto de Borbón-Parma y duquesa de Mouchy, ambas muy bellas, que lucían diademas de brillantes, vistiendo la primera—cada vez más simpática a nuestra Sociedad—elegante traje blanco, y ostentando la segunda, sobre un precioso traje color hortensia, un largo collar de perlas. Con varios hilos de perlas se alhajaba la duquesa d'Harcourt; de terciopelo color pensamiento, la princesa Jerónimo de Radziwill; la condesa de Montgomery, con precioso traje color de rosa, y en la frente un joyel de perlas y brillantes que realizaba su hermosura; y muy elegantes, y luciendo asimismo magníficas joyas, la princesa León de Radziwill—que tiene ascendencia española—; la duquesa de Bisaccia y su bella hija; madame Isabel de Ligne (nacida La Rochefoucauld); mademoiselle d'Harcourt, y la bella condesa Emmanuel de La Rochefoucauld.

La bella princesa Eugenio de Ligne—nuestra princesa de Ligne, pudiéramos decir, puesto que aquí reside—, vestía de rosa y llevaba sobre la frente una gran diadema de hojas de brillantes.

De damas españolas, la hermana de la novia, duquesa de Peñaranda, aparecía originalmente bella vestida de blanco, con magníficas perlas. Con varios hilos de perlas también y alta diadema de brillantes,

rematada en grandes perlas aperladas, se adornaba la marquesa del Riscal. Elegante traje blanco, valiosas joyas y alta peineta, formaban el atavío de la marquesa de Tenorio.

de Ligne, que vestía uniforme de Caballería del Ejército belga, duques de Medinaceli, Fernán-Núñez, Montellano, Arco, San Pedro, Plasencia y Tamames; marqueses de la Torrecilla,

Santa Cruz, Aranda, Rubí, Hoyos, Vinent, Bendaña, Tenorio, Arriluce, Pons, San Miguel y Vega Inclán; condes de Elda, Cimeira, Peña-Ramiro, Puerto, Maceda, Salinas, Gavia y Vallfagona; vizcondes de Cuverville y de Fefiñanes; encargado de Negocios de Francia, M. Corbin, Mr. Thomas y señores de Urzáiz y Silva, Errazu, Rodríguez Escalera, Santos Suárez (don Joaquín), Travesedo (don Francisco), Uhagón (don Luis), y algunos más.

Antes de las doce pasaron los concurrentes al comedor, en cuyo fondo se admira un antiguo tapiz flamenco, que representa una alegoría de la caza, y que tiene las armas de la Casa Arenberg, flamenca entonces y hoy austriaca, emparentada con la de los Príncipes de Ligne.

Allí se sirvió espléndida cena. Los vizcondes de La Rochefoucauld se trasladaron a Palacio, para cumplimentar a los Reyes, que les hicieron espléndidos regalos.

Luego marcharon a una finca próxima a Madrid, saliendo el día siguiente para París. Allí han permanecido una breve temporada, trasladándose después a Suiza.

Hacemos votos por la eterna felicidad de los ilustres vizcondes de La Rochefoucauld.

OTRA BODA

EN la parroquia de San Ignacio, de San Sebastián, se ha celebrado la boda de la bella señorita Mercedes de Jáuregui y Muñoz, hija de la vizcondesa de la Alborada, con el señor don Florencio Gavito, perteneciente a distinguida familia mejicana, que reside desde hace muchos años en París, en cuya sociedad es muy estimada.

Este enlace ha constituido un grato acontecimiento para la sociedad donostiarra, en la que es tan estimada la gentil novia, como lo es toda su ilustre familia. Como es sabido, es hija del difunto marqués de Villa Marcilla, de noble familia navarra, y por su madre, la vizcondesa de Alborada, Grande de España, es nieta de los duques de Riansares y biznieta de la Reina Gobernadora.

Las simpatías que goza la señorita de Villa Marcilla, se han patentizado en la gran cantidad de valiosos regalos que con motivo de su enlace, ha recibido.

El templo de San Ignacio se hallaba adornado con guirnaldas de blancas flores y hermosas plantas. A los acordes de una marcha nupcial hicieron su entrada los novios y sus padrinos, que eran la señora de Gavito, madre del novio, y el duque de Tarancón, tío de la novia, que había llegado de Biarritz.

La novia lucía precioso traje de tisú de plata, con manto de soberbios encajes, y se adornaba con un hermoso hilo de perlas en la garganta, y magníficos solitarios en las orejas.

Sean muy felices



En el Palacio de los marqueses de Viana. Los nuevos vizcondes de La Rochefoucauld con sus padrinos y testigos.

La duquesa de Medinaceli, de blanco, con su histórico collar de magníficas perlas; la duquesa de Rivas, pudiendo decirse que era la primera vez que asistía a sociedad, después de su matrimonio; la marquesa de Santa Cruz, con un valioso *pendentif* de perlas y brillantes; la condesa de Salinas, con traje de tisú de oro, brochado en azul, y valiosas perlas; la vizcondesa de Fefiñanes, con diadema de brillantes, y la señora de Bruguera, con traje de tisú de plata y soberbias perlas.

También concurrieron las duquesas de San Carlos, Plasencia y San Pedro; marquesa de Aranda, con traje de tisú de oro y diadema de brillantes: Argüeso, Atarfe, Bendaña, Hoyos, Arriluce y Villalobar, las condesas de Requena, Heredia-Spinola y Puerto, y señora de Thomas.

Entre las jóvenes, amigas de la novia, se hallaban la duquesa de Algeciras, condesa de San Martín de Hoyos, las señoritas de Morenes, Ibarra, Santos Suárez, Martínez de Irujo, Martos, Livita Falcó, Paloma Falcó, vizcondesa de Peña Parda y Ozores.

De caballeros, estaban el Príncipe Eugenio



La bella Sta. de Salas y el Sr. Escriñas, recibiendo la bendición nupcial. (Fts. Marín.)

RECUERDOS HISTÓRICOS

DEFENSIVA EN EL NORTE

II

DEL VALLE DEL ARGAL AL VALLE DE MENA

No estaba ocioso el nuevo General en Jefe del Ejército de operaciones en el Norte. Don Genaro Quesada, después de haber saludado en vibrante proclama a sus soldados, procedió a visitar personalmente las diferentes posiciones que los distintos cuerpos de su mando ocupaban.

El 1.º de Marzo, salió el General en Jefe del Cuartel General de Tafalla, en dirección a Larraga, en donde estaba acantonada la división de la Rivera, a las órdenes del brigadier Jaqueot, y cuya caballería hacía el servicio de convoyes a las fuerzas de Monte Esquinza.

Todo estaba en Larraga en inmejorables condiciones; el fuerte, las tropas y los almacenes de víveres.

No sucedía lo mismo en Monte Esquinza, en donde acampaba todo el 2.º cuerpo, aún al mando, en comisión, de Don Fernando Primo de Rivera, ya nombrado, otra vez, Capitán General de Castilla la Nueva.

Aunque la construcción de los fuertes había comenzado y adelantaba, los elementos, para ello, eran escasos, pues no había más útiles que los pocos que existían en los parques de las 5 compañías de Ingenieros. El acarreo de tierras y de material tenía que hacerse con los medios encontrados en los pueblos cercanos, situados a retaguardia, y como en ocasiones no fuesen suficientes, los propios soldados llevaban la tierra en sus capotes.

Como al llegar las tropas a estas posiciones, en los últimos movimientos de Febrero, a raíz de Lácar, no se pensaba en la defensiva, todo era allí improvisado y deficiente. Las fuerzas, con aspecto sucio, abandonado y abtido, acampaban en un suelo encharcado y bajo malas tiendas de campaña, chozas o barracas; mulos y caballos, ofrecían un muy serio peligro de perecer y el agua potable era escasa, pues había que transportarla desde Larraga, distante 10 kilómetros, y mucha de ella se empleaba en la elaboración de pan para las tropas.

«Eran tantas nuestras penalidades, decía el entonces coronel Polavieja, Jefe del regimiento de infantería de la Princesa, que yo me bañaba en nieve, lavándome, no pocas veces del mismo modo. Pidió el General en Jefe un vaso de agua y hubo dificultades para dárselo».

En Oteiza, de ruinoso caserío, sufrían las fuerzas las mismas penalidades que en Monte

Esquinza, y su espíritu estaba tan decaído, obsesionado siempre por las horribles visiones de Lácar.

De Oteiza marchó Quesada, atravesando el Arga por Larraga, a Artajona, y de allí a las cercanías de Puente la Reina, en donde inspeccionó los reductos, en construcción, de San Guillermo e Infanta Isabel, encontrándolos en mejor estado que los que se hacían en Monte Esquinza, pues los pueblos inmediatos podían proporcionar más recursos.



Paso del general Quesada por la Sierra de Perdón.

En Óbanos, Cuartel General del 1.º cuerpo, al mando interino del mariscal de campo don Melitón Catalán, revistó el General en Jefe las tropas allí acantonadas, dirigiéndose después al anochecer de aquel día a pernoctar a Puente la Reina, en momentos en que la sección montada Krup de artillería, en posición en el cerro llamado de San Gregorio, sobre la carretera de Mendigorriá, cruzaba nutrido fuego con las baterías carlistas del frente.



Pelotón de Miqueletes.

Al amanecer del 3, visitó Quesada el Hospital de Puente, que asistido por personas benéficas de la Villa, no podía, dadas las circunstancias, encontrarse en mejores condiciones.

Recorrió todo el recinto de la población, ligeramente defendido y enlazado después con extensas líneas de trincheras, y por la tarde hubo de pasar revista en las inmediaciones de Legarda, a dos batallones acantonados en el pueblo.

Duerme el General en Puente la Reina y en la mañana del 4 emprende la marcha a la Sierra del Perdón, en donde debía de inspeccionar muy importantes posiciones.

Bajo los rigores de un duro temporal, azotados por la ventisca, el granizo y el huracán, cruzan a caballo Quesada, sus ayudantes, Estado Mayor y escolta, el macizo montañoso cubierto de nieve.... Difícilmente y con verdadero riesgo, en ocasiones, se podía marchar y mucho menos el ver las obras allí emprendidas; pero pudo el Comandante en Jefe hacerse cargo de la gran vigilancia y del excelente espíritu de los bravos que defendían estos avanzados puestos.

Llegó Quesada hasta Subiza, en donde se acantonaban 2 batallones y los Forales, y regresó el día 5 a Tafalla por Artajona.

Después de esto va a comenzar en Navarra un largo espacio de tiempo, en que, en ambas líneas, liberal y facciosa, con motivo de las fortificaciones, la inacción en los movimientos será casi completa. El interés de la guerra se traslada a Guipúzcoa y a Vizcaya y muy principalmente a los confines orientales de Castilla, al valle de Mena (Burgos), con motivo de un nuevo intento de expedición carlista al corazón de España.

Horribles eran los combates en las riberas del bajo Oria, dominadas por los facciosos que, en formidables posiciones, habían construido trincheras y emplazado baterías.

Era el constante afán de los carlistas el impedir a las tropas de Loma que se pudiesen consolidar en la orilla izquierda del Oria, y, desde el 8 de Marzo, no cesaba la pelea que ensangrentaba el valle de Oria a Usurbil, porque los facciosos querían inutilizar, a toda costa, el puente de barcas, tendido por los ingenieros en Orio, en sustitución del de fábrica cortado.

Las brigadas del 3.º cuerpo, Salcedo e Infanzón, estaban siempre en fuego, y los cañones de Don Alfonso XII y Don Carlos VII no cesaban de tronar. El fragor de la lucha estremecía los montes y los estampidos llegaban hasta San Sebastián.

La noche del 13, fué una espantosa noche. Aproximándose

los facciosos, sin disparar un tiro y a favor de un deshecho temporal de agua y viento que, con su estruendo, ahogaba el ruido de los pasos, cayeron como el rayo y a la bayonete, sobre las trincheras avanzadas de la orilla izquierda, defendidas por fuerzas de mi queletes y del 2.º batallón del Rey. Sorprendidas en un principio estas tropas, en un instante se rehacen y en feroz pelea, en que impera el arma blanca y que se prolonga hasta las tres de la madrugada, logran al fin rechazar la arrogante avalancha de los guipuzcoanos, que consiguen, sin embargo, destrozarse el puente de barcas...

Vuelven a tronar los cañones el 15 y continúan en los días sucesivos. No se desaniman, de ningún modo, los heroicos soldados de Loma y sus bizarros ingenieros, siempre bajo el fuego del enemigo, consiguen, no solo tender otra vez el puente roto, sino también restablecer el paso en el inmediato de fábrica.

Cuando tales sucesos ocurrían en el Oria, las fronteras de Castilla, en sus límites con Vizcaya, veíanse también en peligro por la audacia de los facciosos que parecían querer llevar las operaciones fuera de sus montañas y a la derecha del Ebro. De Valmaseda a las Encartaciones se concentraban numerosas fuerzas carlistas. Con tal motivo, en comunicación Loma con el Ministro de la Guerra, hubo de exponerle Jovellar, la necesidad de que acudiesen con batallones al valle de Mena (Burgos), para allí tomar el mando en jefe de la totalidad de las tropas, que irían también de Navarra y que unidas a la división Villegas, que ocupaba el valle, debían hacer frente a la expedición facciosa. Como el refuerzo con que debía acudir el Comandante del 3.º cuerpo a las nuevas operaciones llevase consigo el quedar la línea del Oria sin la suficiente guarnición, hubo así de exponerle Loma al Ministro, añadiéndole que quizás fuese preciso el abandono de la referida línea al enemigo. En vista de esto, Loma hubo de marchar a Mena el 26, pero con un sólo batallón, los cazadores de Estella, después de entregar el mando al jefe de la 2.ª división don Ramón Blanco. También en Vizcaya, en las inmediaciones de la capital, se pelea. Como los carlistas se dispusiesen a fortificar el macizo llamado Pequeños Serantes, enlazando estas defensas con otras ya construidas hacia San Pedro Abanto, el general Salamanca, considerando en peligro el Abra de Bilbao, Portugaete y Santurce, ordenó que una columna compuesta de fuerzas de Saboya, Albuera, Galicia y Forales, francas del servicio de los fuertes y de la plaza, se apoderase del monte, desde el cual, amenazaba el enemigo.

En efecto, en la madrugada del 12 de Marzo lograron las tropas el objeto deseado, procediendo, desde luego, a la construcción de un blockhaus de madera, capaz para 40 hombres y 3 cañones. Todo el día se desliza sin más incidentes pero, al amanecer del 13 y al hacer las fuerzas la descubierta, son hostilizadas por los facciosos en un principio débilmente y después presentando grandes masas.

Toda la línea liberal es atacada por Ciérvana, Necedal y San Salvador del Valle.

Repliéganse las guerrillas, reforzadas en su retirada por una compañía y se encierra en el blockhaus, ya medio construido. Dos compañías de Albuera, con el coronel del regimiento a la

cabeza, toman posición a la derecha, por el lado del mar. Cuatro compañías de Saboya y 2 de Albuera, mandadas por el coronel de Saboya, ocupan el centro al lado de los blockhaus, y 3 compañías de Saboya se sitúan a la izquierda en las alturas que dominan el valle de Necedal. A retaguardia y en reserva quedan 3 compañías de Galicia 2 de Forales.

Los carlistas, siempre gallardos, arrogantes siempre, cargan con la bravura en ellos proverbial, queriendo envolver la izquierda de Salamanca. Pero 2 compañías de Albuera acuden en auxilio del puesto en peligro y cargan, a su vez, unidas a las de Saboya.

Un fuego nutrido y certero que parte del resto de la línea y de los fuertes de San Roque y Campazas contiene al enemigo, diezma sus filas y le hacen emprender la retirada.



Dos amigos...

Con este hecho de armas termina el mando en el Norte el general Salamanca, que pasa al Ejército del Centro.

Desde que los movimientos facciosos hacia el valle de Mena y las noticias que desde París

NUESTROS LIRICOS

DESILUSION

El alma está consagrada
a ese eterno padecer,
a ese amargo anochecer
de un alma desengañada...
*Alma desesperanzada
no sueñes con lo que ha sido;
calla, que tu bien es ido.*

Cesa en tu nota llorosa,
cesa en tu triste cantar;
porque siempre tú has de hallar
la cúa espina en la rosa...
*Cesa, ilusión ardorosa,
no sueñes con lo que ha sido;
calla, que tu bien es ido.*

¡Oh sueño del alma mía!...
Si eres sólo vano sueño,
¿porqué senti el loco empeño
de amar tu esplendor de un día?
*Calla, calla mente mía,
no sueñes con lo que ha sido;
calla, que tu bien es ido.*

Esperanza que soñada
fuiste gloria de mi ayer,
¿porqué quisiste nacer,
para morir traicionada?
*Tristemente atormentada,
no sueñes con lo que ha sido;
calla, que tu bien es ido.*

Mas si tú me has de engañar,
y acrecentar m sufrir,
¿para qué quiero vivir?
¿Y porqué deseo esperar?...

Alma, ¡qué duro penar!
¡No sueñes con lo que ha sido!...
¡Calla, que tu bien es ido!...

AURELIO de MENDIZABAL y G. de la MORA

transmitía el Embajador, afirmaban, cada vez más, la proximidad de una expedición carlista al centro de España, la actividad no podía ser mayor en el Cuartel General de Tafalla, en las riberas del Arga y del Ega, del Ebro y del Losa, en las líneas férreas de Santander a Burgos y Miranda, de Miranda a Castejón y Tudela, y después en las vías marítimas de San Sebastián y Bilbao a Santander.

La influencia naval a favor de las tropas de Don Alfonso XII continuaba manifiesta, como lo fué en los días de la República y del Poder Serrano. Sin la intensa labor de la Marina de Guerra y de la Mercante, las tropas de la libertad no hubieran podido verificar estos movimientos y los que habían traído consigo los éxitos en las líneas del Somorrostro y de Irún.

Transmitidas rápidamente las órdenes del Ministro de la Guerra y del General en Jefe, al mismo tiempo que de Burgos partía artillería montada para Mena, que 2 batallones de la división de Vizcaya embarcaban en Bilbao con rumbo a Santander, y para este puerto también Loma, con los cazadores de Estella desde San Sebastián, la brigada Prendergast del 1.º cuerpo, compuesta para la expedición de los batallones, cazadores de Alcolea, reserva 13 y 23 y provincial de Badajoz, regimientos de la Constitución y de Guadalajara, un escuadrón de Lusitania y la 6.ª batería del 3.º de montaña, marchaban de sus cantones a Lerin para después en Lodosa y Logroño tomar los trenes que habían de conducirla a Miranca.

Como también se tuviesen noticias de que fuerzas carlistas navarras al mando de Pérula, trataban de pasar de Navarra al Alto Aragón en auxilio de Dorregaray, el brigadier Aecllana, del 2.º cuerpo, hubo de situarse entre Peralta y Marcilla, con el regimiento de infantería de la Reina, los batallones 2.º de Cantabria, y 12 y 25 de la reserva un escuadrón de Lusitania y una sección de artillería, la 1.ª de la 6.ª batería del 2.º de montaña.

Loma, desembarca con los cazadores de Estella el 28 en Santander y el día 1.º de Abril toma en Villacaryo, el mando de todas las fuerzas.

Se avanzó hacia el enemigo que se encontraba entre Orduña y Valmaseda, y 18 batallones con 6 baterías montadas y de montaña y 5 escuadrones, se sitúan en ángulo en las proximidades de Vizcaya, teniendo la izquierda en Espinosa de los Monteros, al mando del mariscal de campo Villegas, su centro en Gayangos, a las órdenes del Comandante en Jefe y su derecha en Castrovarto al mando del brigadier Prendergast.

Pasaron días y meses y la expedición facciosa compuesta de numerosos batallones castellanos, navarros y vizcainos, al mando del brigadier Mogrovejo, Comandante General de Castilla por don Carlos, no se movía. Limitábase los carlistas a construir trincheras y a sostener combates más o menos obstinados y sangrientes. «Y el proyecto de expedición a Castilla, dice don Francisco Hernando, en que se fundaban tantas esperanzas, no se llevó a cabo. Unas veces por falta de elementos, otras por falta de ocasión, Mogrovejo no halló el momento oportuno de pasar el Ebro, y desde que en la acción de Urnieta cayó gloriosamente herido, prefirió estar agregado al Cuartel Real a mandar tropas o dirigir operaciones.»

LORENZO RODRIGUEZ DE CODES

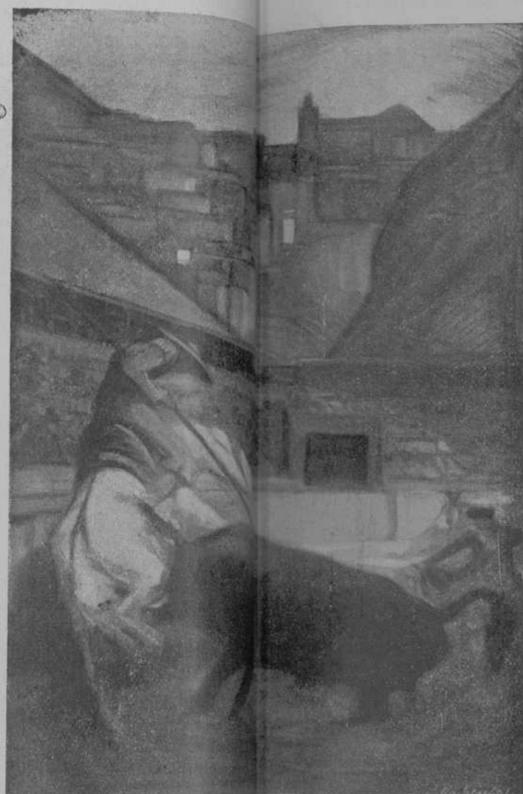
EXPOSICIÓN DE CUADROS DE UN PRÍNCIPE PINTOR EL ARTE DEL PRÍNCIPE CONSTANTINO DE HOHENLOHE



Su Alteza es un gran dibujante que ha sabido sorprender un momento álgido de nuestra fiesta nacional, tan brillante y tan trágica al mismo tiempo.

EN la galería del piso principal del suntuoso Palacio que es residencia en Madrid de los Príncipes Max de Hohenlohe Langenburg y de los duques de Parcent, conversamos animadamente con el Príncipe Constantino, hermano de aquéllos.

Hemos sabido el propósito de Su Alteza de hacer una primera Exposición de sus cuadros y nos hemos enterado de cómo la Sociedad Española de Amigos del Arte, atenta siempre a colaborar en cuantas obras de difusión de cultura artística se presentan, se apresuró, apenas supo el pensamiento del Príncipe, a poner a su disposición los salones de su excelente local del Palacio de Bibliotecas y Museos. Porque el Príncipe Constantino de Hohenlohe Langenburg es un gran pintor que hasta ahora no ha sido conocido en España, mereciendo no sólo el contacto con nuestro público sino la fervorosa admiración que nace cuando se establece una comunicación de sentimientos,



El arte del Príncipe Constantino reside en este óleo de argumento taurino y de castellano.

composición y de desarrollo. Y en las trágicas escenas de nuestra fiesta nacional halla motivos de inspiración para hacer más patente aún el contraste entre la austeridad de nuestras viejas ciudades y la brillantez—mezcla de oro y de sangre—de las corridas de toros.

Cuando, en el curso de nuestra conversación, Su Alteza nos ha hablado con muestras de admiración del arte de Zuloaga, hemos pensado en que, en efecto, la pintura del Príncipe puede acaso ser considerada como una continuación de la de aquél. No queremos decir que se parezca. El Príncipe Constantino tiene un arte muy personal, para que pueda estar influido por una u otra tendencia. Pero en la visión de conjunto que Su Alteza nos ofrece de España hay algo indefinible que nos prueba la identificación de su temperamento con el del gran artista español.

A nuestras preguntas, llenas de curiosidad, acerca de sus primeros pasos en el arte que hoy le proporciona tales elementos de triunfo, el Príncipe eludió al principio modestamente, y ante nuestra insistencia, dijo:

Mis primeros estudios los hice en Viena y en Berlín. He concurrido a las Academias de estos dos capitales. Pero si he de decirle la verdad, el estudio en privado, con profesores particulares, es lo que más me enseñó. Desde muy niño tuve vocación por la pintura; sentía el deseo irresistible de dibujar. He trabajado luego con mucha voluntad, con mucho entusiasmo.

—¿Siempre en Austria o en Alemania?

—No. Yo resido principalmente en Viena. Allí tengo mi estudio; pero he viajado mucho para perfeccionar y ampliar los horizontes de mi arte. Y en París paso largas temporadas.

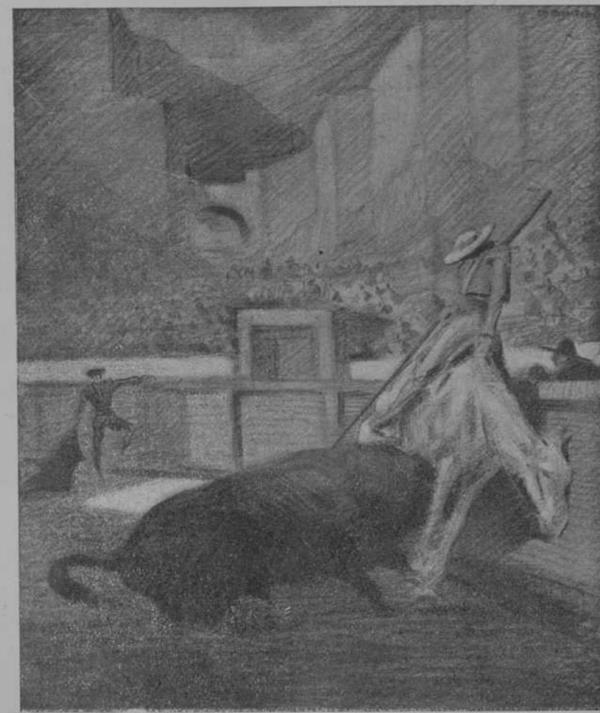
—¿Y estos cuadros?—dijimos, señalando a los que ante nuestros ojos se hallaban.

—Esto es lo que he pintado durante mi estancia en España, desde hace año y medio. Estuve primero en Andalucía, saturándome de su ambiente y cegándome con su luz, y luego he recorrido Castilla. Todo el verano último le pasé en Avila, en donde he experimentado sensaciones artísticas inolvidables.

—¿Le gusta España?

Ante esta pregunta el Príncipe Constantino se desborda en frases de entusiasmo hacia nuestro país, por el que siente una simpatía que más bien pudiera llamarse afecto. El Príncipe se expresa en un castellano bastante correcto y muy efusivo. Habla con vehemencia de los tesoros de arte que en España se conservan, de sus costumbres, de sus tipos, de sus tradiciones. Y cuando surge el tema de la pintura contemporánea, no encuentra Su Alteza el menor inconveniente para manifestar su convencimiento de que, en la actualidad, es en España donde se hallan los mejores pintores.

«No tiene nada de particular—agrega—. En Austria y Alemania, por ejemplo, la difícil situación porque atraviesan estos países hace que la gente tenga



La suerte de picar ha impresionado la retina del augusto artista, que la reproduce siempre con emoción y acierto.

sincera y directa, entre el artista, su obra y el que honradamente la contempla.

Porque esa es la principal cualidad del arte de este egregio pintor: la sinceridad. Pintor de extraordinario temperamento, refleja lo que ve, interpretándolo de un modo personal; hombre de enorme fantasía, deja volar en otras obras su imaginación, haciendo creaciones bellísimas.

Nosotros creemos firmemente en el éxito de la Exposición, que podrán visitar los aficionados a cuestiones artísticas a partir del día 3 de Febrero. El nombre del Príncipe Constantino, prestigioso ya en el extranjero, ha de adquirir aquí justísima fama; y el gran pintor podrá tener la satisfacción de ver premiado su mérito con lo que es más halagador para un artista: el aplauso público. Y nosotros tenemos la pretensión de ser

buena profetas. Es Su Alteza un hombre muy joven: alto, rubio, de ojos claros y expresivos. Su porte, muy distinguido, su sonrisa, franca y constante y la llaneza con que se expresa al hablar, inspiran desde el primer momento confianza.

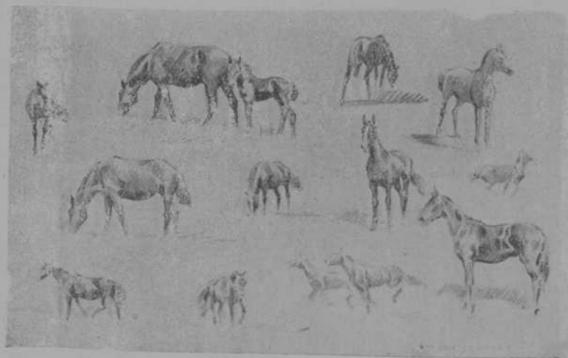
Al cabo de unos minutos de conversación se establece con él una corriente de mútua amistad; tal es la simpática condición de este Príncipe artista.

Ante todo nos enseña las obras que han de figurar en la Exposición: son dibujos, acuarelas y óleos; casi todas óleos. Ante todo se observa que Su Alteza es un prodigioso dibujante; en los cuadros que reproducen suertes del toreo hay un movimiento y una gracia que no desmerecen ni mucho menos de los famosos dibujos con que Marin ha alcanzado en Inglaterra y en España su celebridad. Como colorista no es el Príncipe menos maestro. En conjunto la producción produce un gran efecto. Impresiona. Nos hallamos ante una pintura recia y definida, que ha de ser objeto de apasionados elogios y comentarios.

En esas visiones de Castilla, y especialmente de Avila, el Príncipe tiene extraordinarios aciertos de



«Los cuatro postes» de Avila, con la vieja ciudad al fondo. Uno de los más admirables cuadros del Príncipe de Hohenlohe Langenburg.



Estudios de caballos castellanos.



Apuntes, al lápiz, del campo abulense.

muchas preocupaciones, tienen que atender a las necesidades de la vida diaria y apenas si hay quien se pueda dedicar al sosegado cultivo del arte. Y en otros países no hay ahora tampoco artistas que puedan compararse, por ejemplo, con un Zuloaga.

—La Exposición de ahora ¿será de obras que comprendan las diversas modalidades de su arte?

—No. No me he atrevido a exponer todo lo que tengo terminado. Sería involucrar las cosas. Más adelante me propongo organizar una segunda Exposición, que será únicamente de retratos. Yo creo que mi verdadera especialidad es la de retratista; pero quiero ver antes el efecto que producen estos otros cuadros.

—¿Piensa permanecer aún mucho entre nosotros?

—No lo sé a punto fijo.

El Príncipe Constantino ha sonreído. Nosotros hemos querido adivinar algo en su sonrisa. Acaso piensa en Viena—en su estudio o en su hogar—y en los ojos de una futura Princesa; o quizás su pensamiento se haya trasladado a París...

No hay que olvidar que el Príncipe Constantino de Langenburg es ante todo un artista, un gran artista, y que, como todos los que verdaderamente lo son, ha de tener el espíritu, lo mismo que la imaginación, en inquietud constante.

Nos hemos puesto de pie. Pero aún nos llama la atención otro lienzo, en el que hasta entonces no habíamos reparado; es una reproducción, claro está que fantástica, del sublime drama del Calvario. Y en los abigarrados grupos que rodean las tres famosas cruces, donde Cristo y los dos ladrones agonizan, hay una emoción y una sensación de vida tal que no parece sino que así debió ser el trágico instante de la muerte de Jesús.

Como el elogio ha brotado de nuestros labios ya muchas veces, no podemos sino reforzar con un firme estrechamiento de manos la admiración produ-

cida por la obra. Desde la galería en donde nos hallamos se divisan las siluetas elegantes de dos jóvenes damas. En

rito extraordinario del artista se tendrá que unir la belleza singular de la dama. Y no hay que olvidar que el Príncipe pintor ha empezado por confesar que su especialidad son los retratos.

JUAN DE AVILÉS.

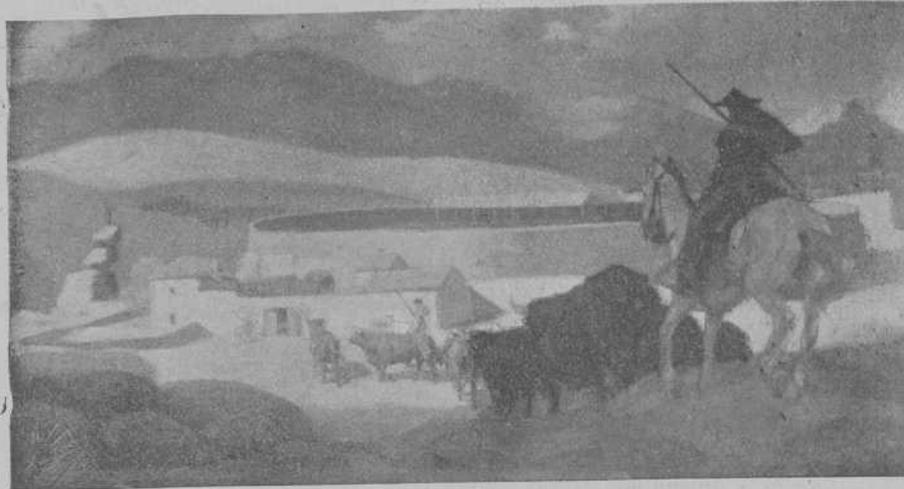
Como complemento de las anteriores líneas acogemos los siguientes trozos de un bello artículo del prestigioso crítico de arte don Angel Vegue y Goldoni:

«Nacido austriaco en 1893 y ahora de nacionalidad checoslovaca, ha cumplido el Príncipe Constantino los treinta años; no por ilusiones juveniles, disculpables, ni por afanes exhibicionistas, sino en virtud de una vocación, de día en día más arraigada, se ha consagrado al arte de la pintura, que por ser ejercicio espiritual es noble de suyo, realzando los eminentes timbres de un apellido principal en la Historia.

Además, por lo que significa en cuanto al valor educativo, encuentro plausible que persona de tan elevada condición social no se desdore en romper el secreto de sus aficiones y se atreva a exhibir las muestras de su talento. No se necesitan argumentos para encarecer la ejemplaridad que de semejante actitud se desprenda».

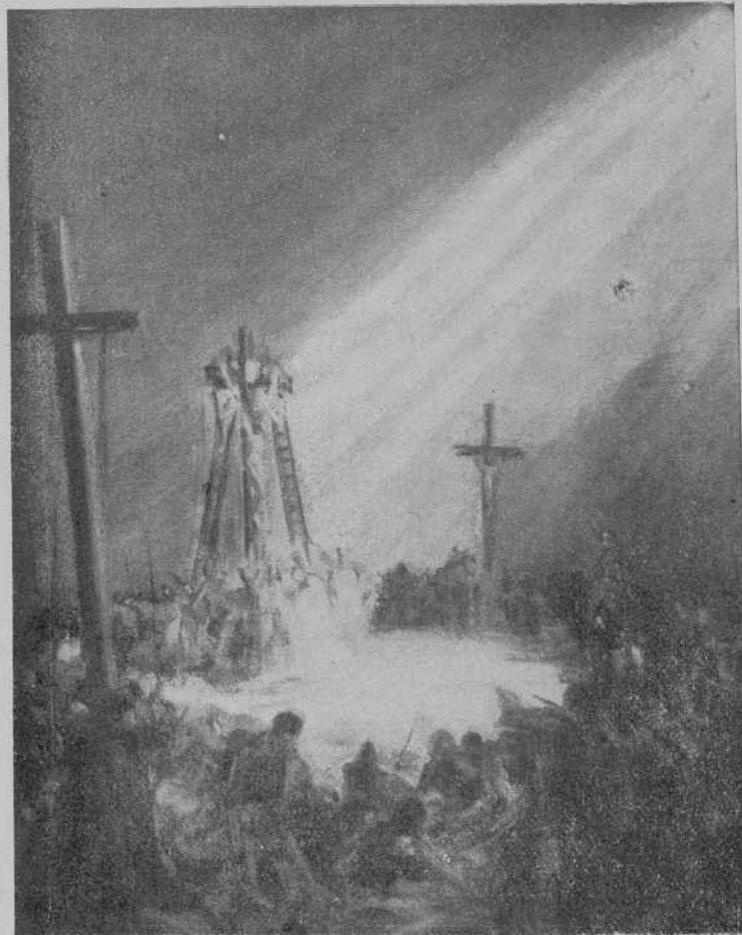
«Una vez más se verifica el fenómeno de que un artista extranjero, pintando entre nosotros, dota a su estilo de brío y de recia contextura. ¿Por qué la analogía ideológica con Alenza, en la *Muerte del espada*? ¿Por qué la entonación caliente, castiza? El Príncipe Constantino de Hohenlohe, más que conocedor de pintura antigua española, es un curioso intérprete de

hombres y lugares pintorescos. Mejor que muchos artistas nacionales, se preocupa de lo característico, de lo que hiere sus ojos de viajero por diferenciación. España, país de aventura, lo es grandemente para él, y para su arte, una experiencia tonificadora y saludable».



«El encierro», en la Plaza de Toros de Avila.

el porte de una de ellas pronto se adivina a la bella Princesa Max de Hohenlohe Largenburg, hermana política del Príncipe pintor. Pasan la Princesa y su



«El drama del Calvario», obra en la que muestra otro aspecto de su arte el Príncipe Constantino.

ilustre acompañante...

Y cuando, momentos después, nos halla nos de nuevo en la calle Ancha de San Bernardo, pensamos, sin poderlo remediar, en la obra de arte que sería seguramente—quizás ya lo sea,—un retrato de la Princesa Piedad, pintado por el Príncipe Constantino. Porque al mé-

LA VIDA MADRILEÑA

Nueva Camarera Mayor de S. M. la Reina Doña Cristina.

INMEJORABLE efecto ha producido en la sociedad madrileña la elección hecha por S. M. la Reina Doña Cristina para el cargo de su Camarera Mayor, vacante por la renuncia, a causa de su estado de salud, de la duquesa de la Conquista.

El nombramiento regio ha recaído en la condesa de Heredia Spínola y bien sabidos son los afectos y simpatías de que goza esta ilustre dama, tan virtuosa como caritativa.

Muy conocida es la condesa de Heredia Spínola para que sea necesario hacer resaltar sus cualidades. En todas las empresas de caridad y de cultura que la sociedad madrileña acomete, su nombre es siempre uno de los primeros. En la Junta de la Cruz Roja y entre las damas organizadoras de la campaña contra la tuberculosis, ella ha sido una de las que con más entusiasmo, generosidad y acierto, secundaron las iniciativas y trabajos de la Reina Doña Victoria.

En su palacio de la calle del marqués del Duero, en la posesión de El Plantío y en su casa de Bilbao, se han celebrado brillantes fiestas, muchas de las cuales fueron honradas con la asistencia de la Regia familia.

Doña María del Carmen Zabálburu y Mazarredo pertenece a distinguida familia bilbaina, por su padre, y valenciana, por su madre; el hermano de ésta lleva entre otros títulos el de marqués de Villora. Está casada con don Alfonso Martos y Arizcun, conde de Heredia-Spínola y de Tilly y marqués de Iturbieta y de Casa-Tilly.

Desde 1908 es dama de honor de S. M. la Reina, y ostenta la banda de la Orden de María Luisa.

De este matrimonio han nacido ocho hijos. Los cuatro mayores concurren ya a sociedad y son muy estimados en ella.

El título de Heredia-Spínola recuerda las luchas que precedieron a la Restauración; la guerra de *guante blanco* contra Don Amadeo de Saboya, los bailes en que era indispensable a los caballeros llevar en el ojal una flor que los señalaba como *Alfonsinos*; los tresillos que en su hotel de la calle de Fernando el Santo tenía la anterior condesa de Heredia-Spínola, y de donde se dice que salió el general Martínez Campos para proclamar en Sagunto como Rey de España a Don Alfonso XII. Recuerdos de lealtad y de entusiasmo que van unidos al título principal de la nueva Camarera.

A las muchas enhorabuenas que la condesa de Heredia-Spínola ha recibido con motivo de su nombramiento, unimos la nuestra, muy sincera y cariñosa.

En casa de los señores de Fernández de Alcalde.

En la elegante residencia que ocupan en la Avenida del Conde de Peñalver el doctor Fernández de Alcalde y su bella esposa se ha celebrado una brillante fiesta con motivo de festejar el día de su santo el dueño de la casa.

En los salones de la hospitalaria mansión se reunió una numerosa y distinguida concurrencia, entre la que figuraban muchas personas conocidas de nuestra sociedad; entre ellas, la señora de Mengotti, esposa del ministro de Suiza; la marquesa de Figueroa, condesa de Santa Lucía de Cochán, señoras y señoritas de Manzano, Somarriba, Flower, Botan, Zumalacárregui, Gómez Núñez, Dos Santos, esposa del secretario de la Legación de Portugal, que es una dama muy guapa y elegante; García de la Lama, Márquez de la Plata, Carvajal, Raventós, Ross, Calleja, Ramírez, Oyarzábal, Fernández Chacón, Carabía, Vilanova, Arráiz de Conderena, Ramírez Poblaciones, Sanguino Benítez, Gómez de Baquero, Badel, Jara, Fernández Ibáñez, Piquer, la notable escritora señorita Insúa; Heberlein, esposa del secretario de la Embajada alemana, Araoz, y otras.

También se hallaban los ex ministros marqués de Pilares, Francos Rodríguez y marqués de Figueroa; los ministros de Cuba y Portugal, señores

de García Kóhly y Melo Barreto; el conde de Santa Lucía de Cochán, generales Arráiz y Gómez Núñez, duque de Tovar, señores Dos Santos, Carballo y Carvajal, secretario el primero de la Legación de Portugal, cónsul y vicecónsul de dicha República los segundos; doctor Recasens, monseñor Guernoni, señores Pledró, Ross, Heberlein, Fresno, Aguilar (don Fernando) y otros.

Honró con su presencia la fiesta el Patriarca de las Indias, señor Alcolea.

En el gran comedor de la casa se sirvió una magnífica merienda, después de la cual se organizó un agradable concierto, en el que la señora Heberlein, la señorita María Teresa Gómez Núñez y el comandante señor Gómez de Baquero, interpretaron con gran acierto escogidos trozos musicales, mostrándose como verdaderos maestros del «bel canto»; todos ellos fueron muy aplaudidos y como final de la simpática fiesta se permitió a la juventud dar unas vueltas de baile,



La condesa de Heredia Spínola, nueva Camarera Mayor de S. M. la Reina Doña María Cristina.

resultando éste muy animado y divertido.

Su Santidad el Papa Pío XI, queriendo dar una prueba de su afecto al señor Fernández de Alcalde, su camarero secreto de capa y espada, le ha enviado un precioso retrato de fina policromía, con un cariñoso autógrafo.

En resumen, una fiesta muy agradable, que puso de relieve las simpatías que el señor Fernández de Alcalde tiene entre la sociedad madrileña, y en la que dicho señor y su bella esposa, ayudados por la señora y señorita de Gómez de Baquero, hicieron los honores de su casa con la amabilidad en ellos habitual.

Marcha de Sir Esme y Lady Howard

Sentidísima ha sido por la sociedad madrileña la marcha del que hasta ahora ha sido Embajador de la Gran Bretaña en Madrid y de Lady Howard. El día 29 salieron para París y Londres, desde donde se trasladarán a los Estados Unidos, siendo objeto de una cariñosísima despedida en la que tomaron parte muchas personas de las colonias inglesas y norteamericana, de la sociedad madrileña y del cuerpo diplomático extranjero.

Durante los últimos días habían sido obsequiados Sir Esme y Lady Isabella Howard con comidas de despedida. El ministro de Suecia y madame Wollmar Bostrom, el ministro del Brasil y la señora de Lima e Silva, el ministro de los Países Bajos señor Melvill, el ministro del Japón conde Kinjiro Hiroswawa y últimamente el Embajador de Italia marqués Paulucci di Calboli dieron elegantes banquetes en honor del ilustre matrimonio.

También varias personas de la sociedad de

Madrid,—entre otras los señores de Bauer y los de Aznar,—organizaron almuerzos en su obsequio.

Por la premura del tiempo no pudieron aceptar los Embajadores otras invitaciones que les habían sido hechas por los Príncipes de Hohenzolhe, los duques de Montellano y otras nobles familias.

Las colonias inglesa y norteamericana dieron también un banquete a Sir Esme y Lady Howard.

Todas estas muestras de afecto no han sido sino demostraciones del sentimiento que en Madrid ha producido su marcha.

Comidas diplomáticas.

En la Embajada de Bélgica se ha celebrado un almuerzo, con el que los barones Borchgrave obsequiaron a varios de sus amigos.

Con el Embajador, la baronesa Bochgrave y su bella hija, se sentaron a la mesa la duquesa y el duque de Plasencia, condesa y conde de Mora, conde y condesa Emmanuel de La Rochefoucauld, duques de Fernán-Núñez, Arco y Caffarelli y el secretario de la Legación y la princesa de Ligne.

El ministro de Suiza y madame Mengotti han obsequiado también con una comida a algunas de sus amistades.

Entre los comensales figuraban el presidente del Directorio, Embajador de Inglaterra y Lady Isabella Howard; subsecretario de Estado, señor Espinosa de los Monteros; duquesa de la Victoria, ministros de Checoslovaquia y Suecia, señoras de Núñez de Prado y viuda de Bauer, primer introductor de embajadores, conde de Velle; señorita de Bertrán de Lis, encargado de Negocios de Polonia y señora Jalenska, señorita Anita Schneider, señorita Matilde Mengotti, don Adolfo Mengotti, hijos del ministro de Suiza y el secretario de la Legación señor Broyle.

Y en la Embajada de Alemania se celebró otra comida con la que los barones Langwerth von Simmern obsequiaron a distinguidas personas del Cuerpo diplomático y sociedad de Madrid.

Los comensales fueron: la duquesa de San Carlos, presidente del Directorio, jefe superior de Palacio, marqués de la Torreçilla; ministro de Suecia y señora de Wollmar Bostrom, ministro del Brasil y señora de Lima e Silva, ministro de China y señora de Liou, dama particular de S. M. la Reina, señorita de Loygorri; subsecretario de Estado, señor Espinosa de los Monteros; consejero de la Embajada de Alemania y su esposa, secretario de la misma y la Princesa de Erbach, y don Emilio M. de Torres.

Reuniones elegantes.

En la elegante casa de los señores de Pelizaus (don Guillermo), en la calle de Almagro, se celebró la otra tarde una agradable reunión, concurriendo a tomar el té muchas distinguidas personas de la sociedad.

Las muchachas tomaron posesión del salón de baile, y estuvieron bailando toda la tarde.

Los señores de Pelizaus obsequiaron a sus amigos con una espléndida merienda, auxiliándoles sus hijos en la tarea de hacer los honores.

También ha habido un elegante té en la Legación de China, a la que concurrieron los amigos del ministro de dicho país y de Mme. Liou Chung Cheh.

Esta vestía un precioso traje chino, color azul, de líneas finas y elegantes, que ninguna dama europea desdeñaría, ni mucho menos; tal era la gracia y la delicadeza del vestido.

También llamaba la atención Mme. Wakabayashi, esposa del secretario del Japón, que tanto en su característico peinado como en su traje, mostraba todo el encanto del atavío de las damas elegantes de su país.

Entre las personas del mundo diplomático extranjero y de la sociedad madrileña que concurrieron a la reunión, figuraba el consejero de la Embajada inglesa, Mr. Gurney, que, después de larga ausencia, acababa de regresar a Madrid.

La tarde del lunes 21 se vió muy concurrida la casa de los señores de Bauer.

Se organizaron las acostumbradas partidas de *bridge*, y los no jugadores formaron agradables tertulias.

EN EL PALACIO DE LA NUNCIATURA

(LOS RETRATOS DE LOS ÚLTIMOS PAPAS)

FUÉ en una luminosa y fragante mañana del pasado Junio, pocos días antes de emprender mi veraneo, cuando después de haber atravesado en la Nunciatura varias antecámaras, silenciosas y encalmadas, a media luz, apercebidas para rezar o meditar, mi ilustre y noble amigo Monseñor Federico Tedeschini me mostró, en el Salón del Trono, los retratos del actual Pontífice Pío XI, y los de sus gloriosos predecesores, León XIII, Pío X y Benedicto XV... ¡Qué clarísima historia, la de todos ellos, sucesores en la augusta Cátedra Vaticana del Apóstol Pedro, *el pescador de hombres*, que nunca muere, *siempre antiguo y siempre nuevo*, como de la hermosura increada dijo San Agustín! Ayer se llamó Simón Pedro, *Cefás*, el Vicario de Cristo entre los hijos de los hombres. Y se llamó después de Pedro, Lino, Cleto, Clemente, Evaristo, el bethleemita, Alejandro, Sixto, Telesforo, Pío, Víctor, Calixto, Félix, Cayo, el dálmata, Marcelo, —a quién Chateaubriand consagró muy bellas páginas en *Les Martyres*,— Silvestre, el español Dámaso; casi todos ellos confesores de la fe, y Santos. Y luego se llamó León el Magno, y el sardo Hilario, y Gelasio, y Hormisdas, y Bonifacio, y Silverio, y Gregorio el Grande. Y vienen en pos de estos, los Papas de la Edad Media, esa Edad enorme y delicada, como la ha llamado Paul Verlaine; León III, quien coronó en Roma, *por la mano de Dios, grande y pacífico*, en la Noche Buena del año 800, a Carlo Magno; y León IX, y Gregorio VII, el gran Hildebrando; y Urbano II, el Papa del Concilio de Clermont, y Pascual II, el Papa de la lucha por las *investiduras*, y Eugenio III, y Alejandro III, e Inocencio III, quien llena—dirá Hurter—con su nombre y su gloria todo el portentoso siglo XIII, cumbre de los siglos medios; y Gregorio IX, el santo amigo de Ciara de Asís, y Gregorio X, y Nicolás III, y Celestino V, Pietro Morone. Y los Papas del Renacimiento, evocados por Ludovico Pastor, en una obra ya célebre; y los Papas de la Reforma, historiados por el alemán Ramke. Más tarde, Inocencio XIII, Benedicto XIII, Benedicto XIV, prudentísimo y sapientísimo; y Clemente XIII, y Pío VI, y Pío VII, el prisionero en Fontainebleau, temple de martir, y León XII, y Pío IX, el Pontífice de la *Infabilidad* y de la *Inmaculada*, a quien no puedo recordar nunca sin verle aureolado por alguno de los célicos resplandores que nimbaban las dulces Vírgenes de Murillo, o las *Madonnas* de Rafael de Urbino y de Guido de Reni. Y en los días en que muchos de nosotros hemos venido al mundo, Joaquín Vicente Pecci, León XIII,

ese guardián vigilantísimo de la integridad de la fe, de la pureza de las costumbres, de los derechos de las almas y de los pueblos; y atento, a la continua, a las palabras del Rey Profeta, en el salmo CXXVI: *Si Dios no guarda la Ciudad, en vano vigilan los que la custodian...* ¡León XIII...! ¡Cómo me conmovió ver su retrato, en el Salón del Trono de la Nunciatura!

fin de Asís. ¡Y qué decir de esotras seis Encíclicas, dulcísimas y fragantísimas, que trascienden a *Huerto cerrado*, a abadía victorina, a Hernano Contracto, o a los cantos y a las saluciones de las *seis damas*, en el libro *Natalis Parvulis Pueri Jesu*, de Raimundo Lull; las Encíclicas del Rosario! Recordando ahora las Encíclicas de León XIII, vienen a mi memoria,

por no sé qué íntima asociación de ideas, aquellas palabras de Lacordaire, en el capítulo II de la *Mémoire pour le rétablissement en France de la Ordre des Frères Prêcheurs*, palabras que me complazco en aplicar a León XIII; *¿qué llaga del alma o del cuerpo no ha sentido su mano compasiva?*

Abrumadora, si, inmensamente abrumadora, pensaba yo, cuando el Señor Nuncio me mostraba el retrato ese, la herencia moral del Papa León XIII, para aquellos obligados a recogerla, cual sucesores suyos en el poder divino de las llaves. La herencia de ese preclaro restaurador de las disciplinas escolásticas, según la mente de Santo Tomás de Aquino; la de ese político, la de ese diplomático, que resolvió en paz muchos conflictos, como el de las islas Carolinas, en el año 1885, y aún más que Julio César, *Monstruum activitalis*; la de ese buen Pastor, que está con espiritual presencia en todas partes, que hace oír su voz en los confines más remotos del planeta, como la resonante voz de los Apóstoles, allí donde la naturaleza siente ya el horror al vacío, y concluyen los límites del mar, y las olas no saben su camino; que reconcilia a la Santa Sede con Alemania, después de los nefastos días bismarckianos, del *Kulturkampf*; que se aproxima a Rusia, y a Suiza y a Inglaterra;

que reconoce la legitimidad de la República francesa, que escribe al Emperador de la China,—la cruel e inhóspita siempre para con los cristianos,—pidiéndole que proteja en sus estados a los misioneros de la Buena Nueva, y a sus catecúmenos; que sueña con la dulce conquista de las almas todas que alientan sobre la faz de la tierra; que sabe dar a Dios lo que es de Dios, alzándole sobre todas las disputas y todos los intereses mezquinos de los hombres, sobre todos los vanos clamores de aquí abajo, y al César, al Estado, a la potestad civil, lo que en justicia le pertenece... Aquel León XIII, cuyos inolvidables jubileos sacerdotales y episcopales, celebrados por el universo mundo con alegrías realmente *pascuales*, rememoraban los grandes jubileos de la Edad Media, el jubileo del año 1.300, que Dante recuerda en su *Poema*, y que contó Miccer Mateo Villani, en su *Crónica florentina*.

¡Qué admirable ese Papa, ascendido a la Cá-



BARCAROLA

«LA ROSA»

«Después de mi madre, mi santa;
después de mi santa mujer, mi Fuensanta,
que tantos amores me da, generosa;
después de mis hijos, prefiero a mi Rosa...
La Rosa es mi barca, mi barca velera;
de todas las barcas del mar, la primera:
mi barca ligera,
mi barca garbosa;
mi fiel compañera,
¡mi barca velera!

«Si brisas le gustan,
no vientos la asustan.
Es brava y es fuerte.
Nació venturosa
y es digna de suerte.
¡Por sí, por sí misma, se alaba!

¡Qué fuerte, qué brava,
mi Rosa!
¡Qué hermosa!

«Miradla, surcando
la mar, a mi mando.
Mirad sus hechizos.
¡Mirad, cómo rizan
los aires sus rizos!

«Yo tengo por ella,
tan docil, tan bella,
dos fieles esposas;
las dos bondadosas,
las dos a la par:
en tierra, mi dulce Fuensanta;
¡mi Rosa, si salgo a la mar!...»

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

El Papa de las cuarenta y ocho Encíclicas,—¡y qué Encíclicas!,—como *Rerum novarum*, referente a la cuestión obrera, y de cuyas palabras parece exhalarse un hálito de infinita caridad; como *Libertas*, donde se define y acrisola el genuino concepto de la libertad de los hijos de Dios, concepto que ya expuso el Doctor Angélico, en pleno siglo XIII, y que explicó de admirable suerte nuestro egregio Balmes,—a quien León XIII conoció y trató siendo Nuncio en Bruselas,—en estos términos, *la facultad de hacer lo que se quiere, haciendo siempre lo que se debe*; como *Sapientiae*, y *Cum multa*, que señalan orientaciones y normas de conducta a los católicos; como *Immortale Dei*, que trata de la constitución de los Estados; como *Aeterni Patris*, enderezada a la instauración de la doctrina tomista en las Escuelas católicas; como *Humanum Genus*, contra las sociedades secretas; como *Auspicato*, que el Papa dió para celebrar el séptimo centenario del nacimiento del Sera-

tedra de Pedro en los días felices de nuestra niñez; ese León XIII, ese venerable anciano, algo así como una célica aparición radiosa, como un soplo, como una *llama viva*, enderezada siempre hacia lo alto; el de rostro de inmaculada albura, semejante a la de una hostia propiciatoria, en el cual no se distinguían apenas más que unos grandes ojos negros, avizores, inteligentísimos, donde creíase que se habían concentrado todo el vigor y toda la lumbre, casi ultratélurica, de aquel noble espíritu, anticipadamente liberado de los lazos de la carne, y de las impurezas de la tierra!...

Pues he aquí que después del Papa León XIII, que se hizo amar de propios y de extraños, de amigos y enemigos, hombre de quien hubiera podido decir Vasari, con más razón que de Miguel Ángel Buonarroti, «que fué el hombre de las tres almas», o aún más, y transplantado el día 20 de Junio de 1903, a modo de una etérea llama, de una sublime expiración, a la eterna Patria; después de León XIII, fué digno, dignísimo sucesor suyo el *niveo e immaculado anciano*, en frase de Johannes Joergensen, — en la *Campaña de Rolando*. — Giuseppe Sarto; el seminarista humilde de Castelfranco y de Padua, el buen cura de Tombola y de Salzano, el canónigo de Treviso, el obispo de la ciudad egélgica de Virgilio, — *Mantua me genuit*, — el Cardenal de la Romana Iglesia, con el título de San Bernardo en las Termas; el Patriarca y Arzobispo de Venecia, y allí amigo de las *hermanas palomas* de la *Piazza* de San Marcos, y de los gondoleros de las lagunas, parigual a aquel suavísimo y benditísimo Obispo y Príncipe de Ginebra, San Francisco de Sales, el amigo de los bateleros de Anecy, y de los pastorcillos y *pi-ferrari* de los valles de la Saboya.

El retrato de Pío X está en el Salón del Trono de la Nunciatura, en frente del retrato de Pío XI. Yo no puedo evocar la figura de Pío X, el *Papa de la eucaristía*, elevado al Sólido pontificio en días de luto, y al propio tiempo muy esperanzados para mi corazón; yo no puedo hablar ni escribir nunca de ese Papa, sin emoción profunda. Me cautiva y atrae, con misterioso imán, esa apacible y papal figura, nimbada ya por algunos rayos precursoros, y que me hace acordarme de algunos santos italianos del siglo XIII, o de los *compañeros del Fratello d'Assisi*; de Bernardo de Quintavalle, del *hermano León*, de Maseo de Marignano, de Jacomino de Verona, de Angelo Tancredi de Rieti... ¡Y cuán semejante también, esa dulce imagen de Pío X, a San Carlos Borromeo, y al primo de este, Federico Borromeo, Cardenales y arzobispos de Milán, ambos; o a San Felipe de Neri, resucitando, a la universal admiración, los tiempos apostólicos, o al Cardenal Rusticucci, o al Cardenal Maffei!...

Gran Papa, entre los Papas de más claro renombre, José Sarto, cuya fisonomía revela bondad, solamente bondad; cuyo corazón diáfano y puro, cual el de un niño bueno, cayó herido y destrozado mortalmente, — al modo como un pobre pajarillo cae de su nido, herido por la bala del cazador cruel, — en presencia de las horribidas desolaciones de la guerra europea, y por las magnas e incalificables ingraticitudes de los Gobiernos y de los pueblos. ¿No es cierto que hay trémolos e inflexiones de ternura en la voz de cualquiera que os hable de Pío X?

¿Qué denonadamente pugnó Pío X por elevar el nivel moral de la Humanidad; por realizar más justicia y más verdad sobre la tierra, instaurando cristianamente las costumbres, a poder de la caridad, de la paz, de la sencillez, de la modestia, de la piedad! De Pío X, — en quien reviven los Papas de los primeros siglos cristianos, — puede decirse lo que un orador famoso del pasado siglo dijo de otro Papa: «por su piedad, un santo; por su caridad, un apóstol; por su vida, un austero anacoreta; por su origen un humilde; como Sixto V, como Adriano VI; por su espíritu, embebido en las más altas contemplaciones, un místico.»

¿No recordáis su testamento, que no puedo leer sin sentir humedecidos mis ojos por lágrimas de muy grande ternura? De él habla, con emotivo verbo, en su hermosa Pastoral *Le Papeauté*, mi insigne y admirado amigo el Cardenal Arzobispo de Malinas, Monseñor Mercier. «Yo nada poseía en el momento de ser nombrado Papa, — viene a decir Pío X, — ni nada tengo que me pertenezca, y que pueda legar a los míos. Pero ruego a mi sucesor que se acuerde en su caridad de mis dos *sorellinas* que en Roma me han acompañado en mi retiro. Mi her-

mano seguirá viviendo de su trabajo en Correos; pero quisiera asegurar a mis hermanas, ya ancianas, un socorro de doscientas cincuenta liras al mes.»

«¡Qué lección — añade el Cardenal Mercier, — para los que se complacen en el fausto de sus riquezas! ¡Qué respeto a la dignidad del trabajo! ¡Qué candor, en la vida sencilla! ¡Qué digna reserva en el destino de las limosnas a la Santa Sede! ¡Qué culto a la honrada pobreza!»

Pocos días antes de morir bendecía y besaba Pío X, en el patio de San Dámaso, del Vaticano, la bandera de la Asociación Católica de la Juventud francesa, y decía a esos jóvenes: «el Vicario de Cristo os lleva dentro de su corazón, como a una de las mayores esperanzas, no sólo de vuestra patria, sino de la Iglesia universal.»

Y así dió su Santo espíritu al eterno Padre, *esperando*; nuevo Moisés a la vista de la tierra prometida... ¡Dejádmelo creer así!... Fué el Papa de la clarividencia, de la decisión, de la energía cristiana, en medio de su ingénita y siempre desbordada bondad. ¿No recordáis lo que hizo ante el *modernismo*? ¿No recordáis su Encíclica *Pascendi*? «Si al aparecer Lutero o Calvino — dice el Cardenal Mercier, — la Iglesia hubiese tenido un Papa del singular temple de Pío X, ¿hubiera el Protestantismo desprendido de Roma la tercera parte de la Europa cristiana...?»

Pero la Historia y la vida *van de prisa*, al unisono de todo, en la hora de ahora. Y si no duró mucho — once años, — el pontificado de Pío X, aún duró menos el de su sucesor, el genovés Giacomo della Chiesa, Benedicto XV, el antiguo Secretario de la Nunciatura de Madrid, el Sustituto de la Secretaría de Estado Vaticana, cuando estaba a cargo del Cardenal *papabile* Mariano Rampolla de Tindaro; el Arzobispo de Bolonia, el Cardenal presbítero elegido Papa el día 3 de Septiembre del año 1914. ¡Y qué gran Papa! ¡Y qué gran corazón!... Creeríase que Dios ha querido suscitar uno en pos de otro, sobre la cima fulgurante del Vaticano, que es la cima espiritual del mundo, y en esta época de los más fieros e inauditos egoísmos, a estos Papas de corazón; ¡el corazón!... *que es todo el hombre*, y «el buen tesoro de donde el hombre bueno saca el bien», «y lo perfecto, lo heroico, lo mejor,» al decir de los Sagrados Libros.

De ahí sacó, de los tesoros inagotables de su corazón, el Papa Benedicto XV, aquella caridad desbordadísima y encendidísima, en las sombrías tristezas de la guerra, haciéndose *todo para todos*. De ahí, aquel alto espíritu de fortaleza y de justicia que le hacían decir en la alocución Consistorial del 22 de Enero de 1915: «en cuanto a proclamar que nunca y a nadie está permitido, por cualquier motivo que sea, ofender a la Justicia, es este en verdad, un oficio que corresponde, con propiedad suma, al Romano Pontífice, constituido por Dios en intérprete soberano, y en vengador de la Ley eterna. Y así lo proclamamos, sin rodeos.»

De ahí, aquella gran clarividencia, con que afirmaba, en ocasión solemne «que la fe católica es de tal naturaleza que no se le puede añadir ni quitar nada; o se la posee entera, o no se posee.» Y luego, estotro: «no se necesitan calificativos para profesar el Catolicismo, pues basta que cada cual diga: *Christianus mihi nomen, Catholicus cognomen*. Lo esencial es justificar de hecho, con obras, la sinceridad de estos apelativos. Porque no es aprobado quien se abona a sí mismo, — ha dicho San Pablo, — sino aquel a quien Dios abona. Y no consiste el reino de Dios en palabra, sino en la virtud. De ahí, de su corazón generosísimo, sacó el Papa Benedicto XV, la singular unión evangélica, y la lumbre y el aroma peculiares, *sui generis*, que se desprenden de sus Encíclicas. Leed sino la habeis leído la *Ad beatissimi Apostolorum Principis*, acerca de la guerra, de sus causas, y de los medios más eficaces para traer la paz al mundo y a las almas. Leed la *Quod iam diu*, ordenando oraciones públicas, con motivo de la conferencia de la paz. Y la *Paterno iam diu*, en pro de los niños hambrientos de la Europa central; y la *Maximum illud*, respecto de las Misiones extranjeras; y la *Pacem Dei*, que trata de los verdaderos fundamentos de la paz; y la *Annus iam plenus*, nuevo y conmovedor llamamiento a la piedad universal, en favor de los niños sin ventura, de todas las naciones. De ahí su carta, su bellísima carta del 3 de Septiembre de 1914, a los fieles de todo el orbe católico, exhortándoles a pedir a la Virgen el beneficio de

la paz. Y la otra, del 8 de Diciembre de 1914, al Cardenal Mercier, abogando por la causa nobilísima y justísima de Bélgica. Y su discurso, en la Navidad de ese mismo año, a los Cardenales. Y sus gestiones con los estados beligerantes, en 31 de Diciembre, y en 11 de Enero del siguiente año, — y reiteradas con ardiente celo, innumerables veces, — en orden al canje de los prisioneros de guerra, imposibilitados para combatir, y en bien de los prisioneros civiles. Y su alocución consistorial del 22 de Enero, denunciando a la execración de las conciencias rectas, muy graves atentados contra el derecho de las gentes. Y la carta del 1 de Febrero a Monseñor Likowski, Arzobispo de Poznam, interesándose cordialmente por los Polacos; y la dirigida al episcopado suizo, comunicándole sus propósitos de atenuar los horrores de la guerra, y de proponer la paz. Y su envío de doscientas mil liras al Cardenal Arzobispo de París, Monseñor León Adolfo Amette, para las iglesias de las regiones devastadas; y las ofrendas a muchos Obispos, particularmente al Cardenal Arzobispo de Reims, Monseñor Luçon, de cuatrocientas mil liras, y las doscientas mil al Sanatorium Alain Roscoff... ¿Qué más?... ¿Qué más?...

Pero, ¿quién podrá enumerar todos los rasgos de la caridad excelsa de Benedicto XV, en quien parecía haberse encarnado de algún modo la caridad de Cristo, que le *apremiaba* incesantemente, como al Apóstol? Y en esta evangélica misión, fué secundado el Papa, eficazmente, en la Secretaría de Estado, por el actual Nuncio Apostólico en Madrid. ¡Qué circunstancias, de las más terribles y espantables de la humana Historia, las que atravesó el pontificado de Benedicto XV!

Entonces, como escribía Carlos Malato el día 15 de Mayo de 1920, en la *France libre*: «Europa era un siniestro campo de matanza y de humeantes ruinas, que devoraba a los hombres por millones, y las riquezas por guarismos sin cómputo posible.» Y como decía Mauricio Barrés, en *Les traits, éternels de la France*, «el clamor de las campanas tocando a muerto era tan fuerte, que parecían quebrarse hasta las piedras de las tumbas.» ¿No es verdad que el único vencedor *moral* en la sazón esa, fué el Papa; «ese Papa animado de un santo aliento de caridad,» según decía en *Le Populaire*, Sixto-Quenin, al día siguiente a la muerte de Benedicto XV?

El Papa de la paz, le llamaré la Historia... No; así fué llamado y aclamado ya, con el *hosanna bíblico*, en su vida. El Papa de la ingenua y acendrada ternura, que demostró, magnificamente, — aparte de otras muchísimas ocasiones, y en el familiar trato, — en el asunto del abate Lemire, privado de las licencias ministeriales por su Obispo, el de Lille; y a la súbita muerte, al regresar de Roma, de Enrique Lorin... El Papa de la confianza incommovible, y del filial abandono en *Aquel que le confortaba*, que le constreñían a exclamar: «¡persuadíos de que los llamados bienes de este mundo no tienen de bien más que la apariencia: *no tengáis puestos los ojos en la tierra, elevados al cielo, al que todos estamos destinados, y a Dios, nuestro Padre*. De Benedicto XV puede decirse, sin sombra de hipérbole, lo que se lee en el libro de los *Hechos de los Apóstoles* (X, 38); *Pertransiit benefaciendo*. Pasó haciendo bien.

Y de pronto, cuando menos se esperaba, Dios le impuso el descanso eterno; ¡ese descanso!, que es, además, una merced y una recompensa. Y al irse, comprendíamos y sentíamos todos el vacío que dejaba en el mundo. Mas no nos dejó huérfanos — ¿cómo podía ser esto? — nuestro Padre *que está en los Cielos*. Y suscitó *super candelabrum*, en la Sede pontificia, a un continuador egregio de su obra; al sapientísimo, al buenísimo Cardenal Arzobispo de Milán Aquiles Ratti, Pío XI, quien habrá de ser, seguramente, a juzgar por lo que ha dicho, y por lo que ha hecho, en dos años de pontificado, uno de los más preclaros e inmortales ornamentos de la augusta dinastía apostólica, cuyo *fin no verán los siglos*, como escribió el protestante Lord Macaulay, en un célebre artículo de la *Edinburgh Review*. *El mundo pasa, y pasa con él su concupiscencia*; ha dicho el Discipulo del Amor. Está pasando temerosamente sobre nuestra cabeza, la hora del hombre. ¿Cuándo pasará la hora de Dios? Esa hora es la que espera el Papa Pío XI, en su eremítica soledad del Vaticano, y atento, cuando todo se hunde, y casi todo muere, triste o ignominiosamente, a lo

constante, a lo inmutable, a lo eterno, a lo inflexible. Esa, la que espera asimismo su dignísimo representante en España, el Nuncio Monseñor Federico Tedeschi, alma elevada, de tan perfecta formación interior, entendimiento procer, corazón de oro, de místico, de santo; tan culto, tan modesto, tan sencillo; el hombre de los grandes destinos, ciertamente; el hombre de la raza de los grandes y edificantes solitarios, de que habló Carlyle, de los cuales, y no de otros, habrá de venir, en la revelación futura de la Historia, la nueva Pascua del espiritualismo cristiano...

Y esa hora esperamos los hombres de buena voluntad. ¡Cuán pocos quedan!... Ellos no pueden ni deben olvidar nunca lo que se lee en el libro primero de los Macabeos (IX, 10): *no queráis arrojar un borrón sobre vuestra historia!*...

¡Bendito, benditísimo día aquel en que sean cumplidas las palabras proféticas del Evangelista San Juan: *Será un sólo rebaño y un sólo Pastor!*... Los nacidos de mujer que esto vean, podrán irse del mundo entonando, como el an-

ciano Simeón, el canto divino del *Nunc dimittis servum tuum Domine*.

...En todas estas cosas iba yo pensando, y pienso siempre, al despedirme el otro día, con *mi alma hermana*, del señor Nuncio, y al pasar ante los retratos de los últimos Papas, y del Papa actual, en el Salón del Trono...

¡Cómo me impresiona siempre la visión, la evocación ésta, de esos grandes Pontífices!... Conmigo va su glorioso recuerdo... Conmigo, sobre todo, la paternal mirada, y la sonrisa, plena de bondad y de tristeza, del Papa Pío XI... En actitud bendicente está, en su retrato de la Nunciatura, cual si estuviese dando, *urbi et orbe*, su apostólica bendición en la Basílica de San Pedro de Roma en la que, como cantó el poeta Alfredo Weil,

Tout est grand, mais si grand, que rien ne paraît grand dans ce temple géant, fait de marbre et de pierre. Le main de l'ouvrier gigantesque est partout; partout ton grand génie apparaît, et ton goût. Michel-Ange, qui mis cette tiare a Rome.

Tristes, en el retrato del Salón del Trono, los ojos de Pío XI, velados, al través de las gafas, y miopes, cual los de aquellos que pasaron los mejores años de su vida sobre los libros. Tristes, sí, porque muy grandes amarguras son su pan y su bebida cotidianas; y terribles tormentas se ciernen sobre su cabeza venerable; y legiones de enemigos le amenazan. Pero, «¿qué sería de ellos sin el Papa?»... ha dicho Fortunato Strowski: «¿Qué sería de las hirvientes y clamorosas olas del mar, sin la roca firme, que combaten sin tregua ni reposo?»

¡Adelante... por entre los océanos bramadores y tumultuosos! La navicilla de la Iglesia lleva por timón la Cruz, y por piloto a Jesucristo... ¡Adelante!... Porque está escrito: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del averno no prevalecerán contra ella...*

ADOLFO DE SANDOVAL.

Febrero; 1924.

TEATROS

ESPAÑOL.—*Mari-Luz*, comedia en tres actos de sir James Matthew Barrie, traducida por Martínez Sierra.

La compañía de Artigas ha entrado en el Español con buen pie. Unos actores que llevan en su repertorio los ya célebres *Seis personajes*, de Pirandello, y esta comedia de Barrie, merecen por tan noble selección de su repertorio todas las alabanzas.

Sir James Matthew Barrie es escocés. Ha nacido en 1860 y ha fundado la *Kailyard School* de novelistas. En sus novelas describe con humorismo muy simpático las costumbres campesinas de Escocia. Es también competente en la psicología de los niños, a quienes ha dedicado comedias deliciosas en armonía con el temperamento infantil, entre ellas la famosísima *Peter Pan*. De él conocimos en Madrid, antes de ahora, *El admirable Crichton*.

Mari-Luz es una comedia extraña. Fijémonos un poco en su argumento y encontraremos rai-gambre medioeval. La leyenda del religioso que se queda como dormido y que en realidad está en el cielo y ve con sorpresa al despertar de su sueño, que él juzga de pocos minutos, que han pasado cincuenta o noventa años, que su convento está destruido y que a las generaciones que él dejó en la tierra sustituyen ya otras generaciones, es tema repetido en toda la literatura de la Edad Media. Hay en él variantes para todos los gustos. Llevado el asunto de lo religioso a lo profano produjo el cuento de la «bella durmiente en el bosque», muy explotado también por los autores que se inspiran en el *folklore*.

Barrie ha compuesto con la misma idea una comedia moderna. En la vida del mundo estamos siempre regidos por las dos nociones de tiempo y espacio y necesitamos en todo momento una medida que sea como aquel punto de apoyo que deseaba Arquímedes para levantar el planeta con su palanca. Mientras vamos sometidos a esta regla todo camina por sus cauces normales. Su relatividad nos penetra y da razón suficiente a las ideas y percepciones externas más claras y sencillas porque descansan en esa norma, eje y sostén de cuanto observamos a nuestro alrededor.

Se ha dicho, para explicar la teoría de Einstein, que si todo creciera o disminuyera hasta hacerse mil veces más grande o mil veces más pequeño de lo que es, no lo advertiríamos por faltarnos el término de comparación. Lo mismo ocurre con el tiempo. Si todo cambiara para marchar mil veces más deprisa o más despacio, tampoco nos daríamos cuenta de la mudanza. ¿Qué fenómeno o qué aparato iba a decirnoslo?

Ahora bien; si es una sola persona la que se aparta de la regla general con que medimos tiempo y espacio, desde luego han de suceder cosas bien extrañas. Para *Mari-Luz*, la protagonista de Barrie, dejan de pasar las horas, los días, los años, y por eso cuando vuelve a la casa de sus padres y de su marido, después de haberse perdido por segunda vez en una isla misteriosa junto a las Hébridas, encuentra que están viejos los que eran jóvenes en el instante de su partida y que su hijo, a quien dejó siendo

un niño de cuatro años, es ya hombre, con afán de aventuras, que se ha ido a correr mundo.

Lector: a todos nos ha sucedido lo mismo. Recordemos...

Una hermana nuestra vive fuera de la localidad en que residimos. Nos llama porque uno de sus hijos, que cuenta tres años, está muy enfermito. Acudimos al llamamiento con premura. Sentados en el vagón del ferrocarril hacemos fuerza con los pies imaginando que así el tren marchará más veloz. La hermana está desolada. Es madre y ve que su hijo se muere. Lloro, grita, casi tiene ataques de nervios. ¡Que se salve el niño! ¡Que se salve el niño!... —exclama en el paroxismo del dolor... Y vemos en su camita al niño enfermo. Es rubio como las mieses, tiene ojos azules y su tez, arrebatada por la calentura, es más fina y más suave que el raso...

El niño, mejora; se pone bueno. El deseo de la madre se realiza. ¡Ya está salvado el niño!

Transcurren cinco lustros. Por azares de la vida no hemos vuelto a ver desde entonces a la hermana y al sobrino. Las circunstancias nos llevan de nuevo a su encuentro. ¿Dónde está el niño a quien vimos librarse de la muerte? El niño ya no existe, ha desaparecido. Hallamos un hombre sin guedejas; el cutis de raso se lo ha estropeado la navaja de afeitarse; su voz es bronca; se ha endurecido los músculos en los deportes. El angelote aquél es ahora un Hércules.

Apliquemos la fantasía a un hecho tan natural y tendremos la linda comedia de Barrie. Su medula no es el amor de madre, como se ha dicho, que esto es episódico, sino el fenómeno que representaron los griegos en la fábula de Cronos, Saturno o el Tiempo que devora a sus propios hijos. Cada período de nuestra existencia es como una vida y así, poco a poco, el adolescente va matando al niño, y el hombre maduro al joven, y el viejo al de mediana edad. Sale de aquí una paradoja: «la vida es una muerte continua». Bien dice Calderón «que la vida es sueño y obrar bien es lo que importa para cuando despertemos».

Mari-Luz es, por tanto, una comedia bellísima, sin otro defecto que el primero y el último cuadro que no vienen a qué. A Barrie no le sientan bien los capuces siniestros de Ana Radcliffe y Edgar Poe. ¿Para qué la casa encantada y el fantasma si en realidad aquello es un peote de la obra?

La traducción y la interpretación esmeradísimas.

LUIS ARAUJO-COSTA

LA VILLA MOURISCOT

— CASA BALDUQUE —

Bombones selectos—Marrons

Glaces—Caramelos finos.

Cajas para Bodas

SALON DE TE

Serrano, 28

NOTICIAS

CON motivo del santo de S. M. el Rey, se ha concedido la Grandeza de España al señor don Juan Vitorica y Casuso, donde de los Moriles.

Para otorgar esta merced ha tenido el Monarca presente su altruismo al ceder, en favor de los obreros de Madrid, la indemnización que le concedió el Ayuntamiento en pago de los terrenos expropiados en la calle de Cedaceros, y sus servicios en Africa, como oficial honorario del regimiento del Rey, al cual regaló también material de guerra y cantidades para mejoras.

SE han expedido Reales cartas de sucesión en el marquesado de Zuya, a favor de don Emilio Aznar; en el de Riestra, a don Raimundo Riestra; en el de Domecq d'Uzquain, a don Pedro Domecq, y en los condados de Casa Romero y de San Fernando de la Unión, respectivamente, a don Felipe Romero y a don Fernando Primo de Rivera.

HAN sido rehabilitados los siguientes títulos del Reino: conde de Tovar, a favor de don Francisco Javier Allendesalazar y Aspiroz, y marqués de Montanaro (antes de Huércal Óvera), a favor de doña María del Mar Bermúdez de Castro y Serriñá.

CON motivo de su reciente ingreso en la Orden militar del Santo Sepulcro, el marqués de los Soidos y de Frómista ha obsequiado a sus amistades con elegantes cajas y sortijeros de alabastro y artísticos platos de hierro verdaderamente repujados, con la cruz de la Orden, llenos de exquisitos bombones y violetas candi, especialidad de la aristocrática confitería «La Duquesita».

DON Cándido R. de Celis y de Mediavilla, Gentilhombre de Cámara de S. M., con ejercicio, ha solicitado Real Carta de sucesión en el título de Marqués de Trebular a favor de su hijo José-Antonio R. de Celis de Ceballos, heredero directo de la última poseedora del título, Excelentísima señora doña Prudenciana Rodríguez Valderrábano de Ceballos, fallecida recientemente en Valladolid.

LA señora de Basa (don Alvaro), hija de los marqueses de Santa Cristina, ha dado a luz con toda felicidad un niño, tercero de sus hijos. En la pila bautismal recibió el nombre de Mariano, apadrinándole su tía, la señora viuda de don Luis Drake de La Cerda y don Carlos Mendoza. También han dado a luz: una hermosa niña la marquesa de Villacañas; y un robusto niño la señora de Taboada (don Carlos).

POR falta de espacio tenemos que retirar a última hora las notas en que mostrábamos nuestro dolor por los fallecimientos de S. A. el duque de Montpensier, el duque de Sessa, el exministro conde de Santa María de Paredes, el marqués de Silvela, la señorita Luisa Silvela y, ya al entrar este número en máquina, la condesa de Mirasol. Acompañamos a sus ilustres familias en sus grandes penas.

LA TORRE DE BARBA-AZUL

VEREIS... Este Barba-Azul de mi cuento no es el famoso Barba-Azul, Mariscal de Francia, que fué condenado a muerte por sus crímenes.

Este de hoy es un Barba-Azul menos terrible y mucho menos poderoso.

Es un tío de campo.
Pero un tío con toda la barba...
Con toda la barba azul de puro negra y brillante.

Bueno.
Y parece ser que un día del mes de Julio, en que ni la más ligera nubecilla empañaba el azul del cielo, mientras las cigarras cantaban hasta sacarse brillo, un muchacho de apenas siete años de edad, vestido de rojo y a lomos de un gigantesco caballo blanco, acertó a pasar junto a las ruinas de un castillo abandonado.

El tal castillo — según el murmurar de las gentes — estaba habitado por duendes, brujas y espíritus en pena, que por las noches salían a lamentarse a la luz de las estrellas y de la luna clara.

Como hacía mucho calor, se apeó de la cabalgadura y buscó alivio a la sombra de los muros.

— ¡Caramba, tengo hambre! — exclamó, a poco, abriendo la boca — ¡Y aún me faltan dos horas para llegar a la ciudad!...

Conque, como estaba solo, estiró los brazos y lanzó un bostezo:

— ¡Aaaah!
Inmediatamente, del fondo de la torre salió otro bostezo:
— ¡Aaaah!...

El muchacho aguzó los oídos:

— ¡Juraría que me han hecho burla... ¿Será el eco?... ¡Claro que es el eco. ¡Qué tonto soy! ¡Ja, ja, ja!

Acto seguido, del interior del castillo salió otra carcajada:

— ¡Ja, ja, ja!
Esta vez el muchacho, que se llamaba Florisel, se puso serio.

— ¿Quién se burla de mí? — gritó.
A poco, una voz ronca y terrible dijo:
— ¡Mamarrachooo!

Florisel se puso en pie y corrió hacia su caballo. Fué a subir de un salto; pero no llegó a los lomos.

Tomó nuevo empuje, y tampoco llegó esta vez.

Era que el caballo, cada vez que daba el brinco, crecía una cuarta.

— ¡Esto sí que es lo peor!

Conque se subió a un árbol muy grande que había junto a las ruinas. Llamó a

su rocínante y se tiró sobre la silla, decidido.

Milagrosamente pudo montar.
Una vez arriba, picó espuelas.

— ¡Que si quieres! El caballo no se movía. Le animó:

— ¡Arre, caballito de mi alma, que apenas llegue a la ciudad te voy a dar un pienso delicioso!

— ¡Como si nada! ¡El caballo quieto!

Miró al suelo, para apearse de nuevo. Pero del caballo al suelo había más de cien metros de altura.

Alzó los ojos y se encontró frente a frente de la ventana más alta de la torre.

Asomado a ella estaba un hombre horrible, con unas barbas negrísimas que le colgaban como una bandera.

El barbudo, en cambio, por medio de unas palabras mágicas, volvió el caballo a su tamaño natural y salió de estampía a través de los campos.

Entonces el muchacho, al verse perdido, hizo la señal de la cruz y se encomendó a Dios.

Aquello fué maravilloso, pues en un abrir y cerrar de ojos todo desapareció: murciélagos, ratas, dragones y furias.

Sólo quedó en la ventana una cigüeña de largo pico, quien, pillándole por el cuello de su traje, lo sacó de la torre y se lo llevó por los aires, como en el más delicioso columpio.

Pasaban las golondrinas junto a él y le saludaban:

— ¡Pió, pió, pió!
Pasaban los aviones, y las grullas, y los jilgueros:

— ¡Adiós! ¡Adiós! — Le decían.

Conque Florisel, miró otra vez a la tierra.

Corriendo a todo galope marchaba el brujo en su caballo blanco.

Conque el muchacho exclamó con todas sus fuerzas:

— ¡Tío barbudo! ¡Tío barbudo! ¡Suelta lo que no es tuyo!

El brujo alzó la cabeza y en aquel momento Florisel le tiró un zapato que, cayéndole en un ojo, se lo cerró para siempre.

Pero el tío barbudo seguía galopando a todo galopar.

Un poco más adelante, Florisel le dió otra voz:

— ¡Tío barbudo! ¡Tío barbudo! ¡Suelta lo que no es tuyo!

El brujo tornó a alzar la cabeza y otro zapato — ¡plaf! — le tapó el otro ojo.

En esto el caballo y el jinete ciego entraban veloces en un bosque de pinos y sobre el segundo árbol — ¡catapúm! — allí se dejó la cabeza el tío barbudo.

Entonces descendió la cigüeña con Florisel. Montó éste en su caballo, después de dar las gracias a su salvadora, llegando sano y salvo a la ciudad.

Allí contó sus aventuras en Palacio y, maravillado el Rey, le dió la mano de su hija.

Florisel, como regalo de bodas, entregó a la suegra una caja de la admirable Crema «Forés del Campo», con lo que amaneció la Reina madre joven y bella, sin brillo en el cutis y más sugestiva que cuando se casó.

Y como nada agradece tanto la mujer como las celebraciones y los triunfos, la leyenda de las mamás políticas cayó pronto en desuso, hasta desaparecer.

PRÍNCIPE SIDARTA.

TODAS LAS GRANDES ARTISTAS

PARA EMBELLECERSE Y QUE SUS
ATRACTIVOS RESALTEN CON LA
LUZ ARTIFICIAL, USAN EN SU
«TOILETTE» LOS ULTRA-IMPALPA-
BLES POLVOS DE ARROZ

F R E Y A

TONO «MALVA»

SE FABRICAN EN SIETE VARIEDADES:
BLANCOS, ROSA 1 Y 2, RACHEL 1
Y 2, MORUNOS Y MALVA

PRECIO: 3,50 PESETAS

F L O R A L I A M A D R I D

— ¡Buenas tardes, muchacho!
— No muy buenas, señor — contestó el chico.

Entonces el barbudo siguió:
— ¿Qué razones tienes para decir que no son buenas? ¿Acaso no estás orgulloso de tener el caballo más grande del mundo?

— Si, señor; pero, ya ve usted, no me sirve para nada, porque cuando le arreo, crece y no se mueve de ninguna manera.

— Eso es porque no le sabes tratar. Mira, métete por esta ventana y déjame a mí, que lo domestique.

Florisel aceptó el trato. Se agarró a las barbas del hombre del castillo y una vez llegado a los hierros se zampó dentro de la torre, mientras el peludo se asía al cuello del caballo y se sentaba en la silla. ¡Pobre Florisel! Apenas había puesto los pies en la habitación, cuando un ejército de pajarracos, ratones y ratas se abalanzó sobre él dispuesto a devorarlo.

SEÑAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES
Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES



Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES
DE LA

FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín

Núñez de Arce, 4.—MADRID.—Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18.

Barquillo, 20.

Teléfono, 53 - 44 M.

Teléfono, 53 - 25 M.

LABORES DE SEÑORA

SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa

VILA Y COMPAÑIA S. en C.

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURRURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES

Carmen, núm. 4.—MADRID.—Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14.—Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO

IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf.º S. 10-22.

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID.—Atocha, 65.—Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
—MADRID—

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

CASA JIMENEZ - Calatrava, 9

Primera en España en
MANTONES DE MANILA
VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA—VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS—CRISTALERIA—LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES—GABANES—PARAGUAS
BASTONES—CAMISAS—GUANTES—CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARROCERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVIL-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES
(SOTTA FRASCHINI)

Miguel Angel, 31.—MADRID.—Teléfono J. - 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17

Galiano

SASTRE DE SEÑORAS

Argensola, 15.

MADRID

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Estolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.

Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41.—MADRID

ANTIGUA Y UNICA

CASA "LAMARCA"

Carrocerías y carruajes de lujo.

Proveedor de SS. MM.

GENERAL MARTINEZ CAMPOS, NUM. 39

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES
LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS—BOLSILLOS—OMBRILLAS—ESPRITS
Preciados, 13.—MADRID—Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID || Alcalá, 53

Capital social. . . { 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios.
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

CASA APOLINAR

-- GRAN EXPOSICION DE MUEBLES --

Visítad esta casa antes de comprar.

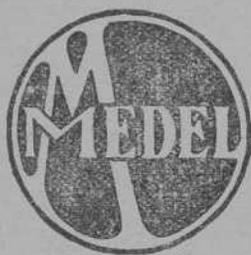
INFANTAS, 1, duplicado.

•••••

TELEFONO 29-5

JUGUETES

Gran Vía, 18.



Tel. M. 515.

COCHES DE NIÑO

FRANZEN

FOTÓGRAFO

Príncipe, 11.-Teléfono M.-835

CASA RAYO

ENCAJES NACIONALES Y EXTRANJEROS

CONFECCION DE ROPA BLANCA

Fábrica en Almagro

Despacho: Caballero de Gracia, 7 y 9

MADRID.—Teléfono 21-06 M.

FÉLIX TOCA

Bronces - Porcelanas - Abanicos - Sombrillas
Camas - Herrajes de lujo - Muebles - Arañas

MADRID

Nicolás María Rivero, 3 y 5.—Tel. M. 44-77

Decir Chocolates

MATIAS LOPEZ

es decir los mejores Chocolates del mundo

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

PARA EL TOURISTA

TODO VIAJERO AFICIONADO
A CUESTIONES ARTISTICAS
ENCONTRARA UNA UTILIDAD
EXTRAORDINARIA Y UN VER-
DADERO DELEITE LEYENDO
LOS SIGUIENTES LIBROS:

El Monasterio de Piedra.

Por tierras de Avila.

Una visita a León.

Vistas de Segovia.

POR

LEON ROCH

De venta en las principales librerías

UTENSILIOS DE COCINA

CAFETERAS, AJUAR
DE CASA,
PRECIOS BARATOS

MARÍN, Plaza de Herradores, 12, esquina a San Felipe Nerí

R. FERNANDEZ ROJO

GRABADOR EN METALES

Fuentes, 7, Madrid

Teléfono 415 M

PRAST

FOTOGRAFIA ARTISTICA

Carrera de San Jerónimo, núm. 29

MADRID

Hijo de Villasante y Cía.

OPTICOS DE LA REAL CASA

10, Príncipe, 10
MADRID

Teléfono 10-50 M.



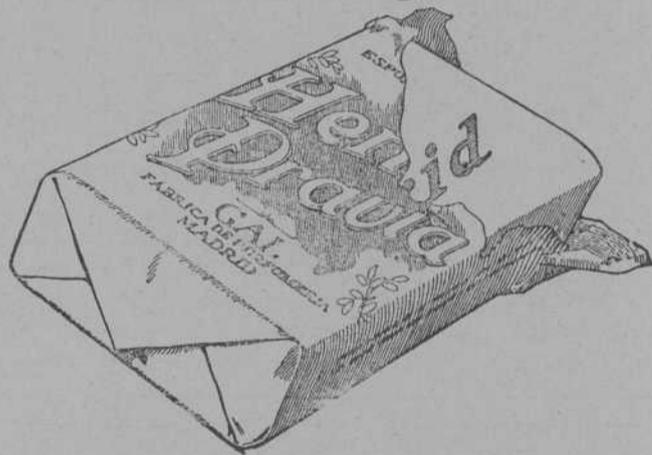
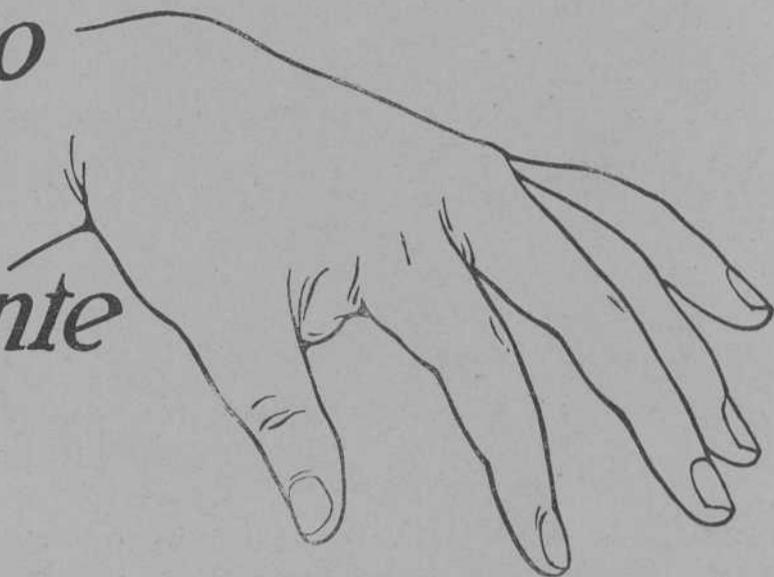
INDUSTRIAL GRAFICA. Reyes, 21.—Madrid.

*El Tiempo
resbala
insensiblemente*

sobre la suavidad
del cutis de las
personas cuidado-
sas que se lavan
siempre con Jabón

**HENO
DE
PRAVIA**

Sus excelentes
propiedades higié-
nicas hacen que
la piel se conser-
ve siempre lozana,
tersa y fragante.



**JABÓN
HENO DE PRAVIA**

*Muy espumoso e
intensamente perfumado.*

**PASTILLA, 1,50
EN TODA ESPAÑA**

Gal